

<sup>1</sup> Imágenes escaneadas de Grimm, J. y W. Grimm, *Cuentos / Jacob y Wilhelm Grimm*, trad. Pedro Gálvez, Alianza Editorial, Madrid, 1976. Todos los derechos reservados a Alianza Editorial y de Grimm, J. y W. Grimm (1985), [Tomo] I y II *Cuentos de niños y del hogar*. J. y W. Grimm, trad. María Antonia Seijo, Ediciones Generales Anaya, Madrid. Todos los derechos reservados a Ediciones Generales Anaya.

—Péinanos, límpianos bien los zapatos y abróchanos las hebillas; vamos a la fiesta de palacio.

Cenicienta obedeció, aunque llorando, pues también ella hubiera querido ir al baile; y fue a pedir permiso a su madrastra.

—Tú, Cenicienta, acaso pretendes ir al baile cubierta de polvo y suciedad. No tienes vestido ni zapatos, ¿y aún quieres bailar?

Pero como la muchacha insistiera en sus ruegos, la mujer le dijo finalmente:

—He tirado un plato de lentejas en las cenizas; si en dos horas las recoges y limpias, te dejaré ir.

La jovencita salió al jardín por la puerta trasera y llamó:

—Palomitas mansas, tortolillas, avecillas todas del cielo: venid y ayudarme a recoger las lentejas.

—Las buenas, en el pucherito;  
las malas, en el buchecito.

En la ventana de la cocina se posaron primero dos palomitas blancas, luego las tortolitas y, finalmente, comparecieron en alegre tropel todas las avecillas del cielo y se posaron en las cenizas. Y las palomitas, agachando sus cabezas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y fueron entresacando las semillas buenas y echándolas en la fuente. No había transcurrido ni una hora cuando, terminado el trabajo, desaparecieron volando. La joven llevó la fuente a su madrastra alegremente porque creía que la dejaría ir al baile; pero ésta le dijo:

—No, Cenicienta, no puedes ir sin un buen vestido; serías el hazmerreír de todos.

Y como Cenicienta se echara a llorar, añadió:

—Si eres capaz de limpiar en una hora dos fuentes llenas de lentejas, que tiraré en las cenizas, te dejaré ir.

Y pensaba: «Jamás podrá hacerlo». Pero cuando tiró las lentejas en las cenizas la joven salió al jardín por la puerta trasera y llamó:

—Palomitas mansas, tortolillas, avecillas todas del cielo: venid y ayudarme a recoger las lentejas.

—Las buenas, en el pucherito;  
las malas, en el buchecito.

En la ventana de la cocina se posaron primero dos palomitas blancas, luego las tortolitas y, finalmente, comparecieron en alegre tropel todas las avecillas del cielo y se posaron en las cenizas. Y las palomitas, agachando sus cabezas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y luego todas las demás las imitaron: pic, pic, pic, pic; y fueron entresacando las semillas buenas y echándolas en la fuente. No había transcurrido ni media hora cuando, terminado el trabajo, desaparecieron volando. La joven llevó la fuente a su madrastra, alegremente, porque creía que la dejaría ir al baile; pero ésta le dijo:

—No irás por mucho que te esfuerces; pues como no tienes vestido ni sabes bailar serías nuestra vergüenza.

Y diciendo esto le volvió la espalda y se fue apresuradamente con sus presunidas hijas.

Cuando se quedó sola en la casa, Cenicienta fue a la tumba de su madre, bajo el avellano y pidió:

—Muévete y sacúdete, arbolillo,  
echa oro y plata en mi delantalillo.

Y el pájaro le echó un vestido bordado en oro y plata y unas zapatillas con adornos de plata y seda. Se vistió a toda prisa y corrió al baile. Su madrastra y sus hermanastras, sin embargo, no la reconocieron: tan bella estaba con su vestido de oro que la tomaron por una princesa extranjera. Ni por un momento pudieron imaginarse que era Cenicienta, a la que creían en la cocina, sucia y buscando lentejas entre las cenizas. El príncipe fue a su encuentro, la tomó de la mano y bailó con ella. Y como no quería bailar con nadie más, no la soltó de la mano; y cuando se acercaba algún otro a invitarla a bailar, decía el príncipe:

—Es mi pareja.

Cenicienta bailó hasta que anocheció; entonces quiso volver a su casa; pero el príncipe le dijo:

—¡Iré contigo y te acompañaré.

Pues el príncipe quería saber de quién era hija la hermosa joven. Pero ella se escabulló y de un salto se subió al palomar. El príncipe esperó hasta que llegó su padre, y le dijo que la forastera se había subido al palomar. El anciano pensó: «¿No será Cenicienta?», y ordenó que le trajesen hacha y pico para derribar el palomar; pero cuando lo hizo, no encontraron a nadie. Y cuando entraron en la casa, Cenicienta estaba tirada sobre las cenizas con sus sucias ropas, y un candil de aceite ardía en la chimenea; pues Cenicienta había saltado rápidamente por el otro lado del palomar y había corrido hasta el avellano; allí se había despojado de su hermoso vestido, dejándolo sobre la tumba, y el pájaro se lo había llevado; volvió a la cocina, se puso su sucia batita y se echó sobre las cenizas.

Al día siguiente, cuando llegó la hora de reanudar la fiesta y sus padres y hermanastras se hubieron marchado, la joven se dirigió al avellano y dijo:

—Muévete y sacúdete, arbolillo,  
echa oro y plata en mi delantalillo.



El pájaro le echó un vestido aún más deslumbrante que el de la víspera. Y cuando se presentó en palacio con ese vestido, todos admiraron su belleza. El príncipe, que estaba esperándola, la tomó inmediatamente de la mano y sólo bailó con ella. Cuando los otros se acercaban a sacarla a bailar, decía:

—Es mi pareja.

Al anochecer, cuando la joven quiso retirarse, el príncipe se empeñó en seguirla, para ver a qué casa se dirigía; pero ella desapareció de un salto en el jardín trasero de su casa. Crecía allí un gran y hermoso peral, repleto de magníficas peras. La joven trepó hasta su copa con la ligereza de una ardilla, y el príncipe no supo dónde había ido; pero esperó al padre y le dijo:

—La forastera se me ha escapado; creo que trepó por el peral.

Pensó el padre: «¿Será Cenicienta?», y mandó traer el hacha y derribó el árbol, pero ya no había nadie en la copa. Y cuando entraron en la cocina, Cenicienta yacía como de costumbre sobre las cenizas; pues se había bajado del árbol por el lado opuesto, y después de devolver al pájaro del avellano su hermoso vestido se había puesto la batita gris.

Al tercer día, en cuanto los padres y las hermanastras se hubieron marchado, Cenicienta volvió a la tumba de su madre y habló así al arbolillo:

—Muévete y sacúdete, arbolillo,  
echa oro y plata en mi delantalillo.

Y el pájaro le arrojó un vestido aún más soberbio y espléndido que los anteriores, y unas zapatillas de oro puro. Cuando se presentó así vestida en la fiesta, todos se quedaron boquiabiertos de admiración. El príncipe sólo bailó con ella, y a todo el que venía a solicitarla le decía:

—Es mi pareja.

Cuando anocheció Cenicienta insistió en irse, y el príncipe quiso acompañarla; pero huyó tan rápidamente que

no pudo seguirla. Mas esta vez el príncipe había recurrido a un ardido y mandado embadurnar con pez toda la escalera: al bajar la joven por los peldaños, se le quedó pegada la zapatilla izquierda en uno de ellos. El príncipe la recogió y tra diminuta, graciosa y toda de oro. A la mañana siguiente se presentó en casa del padre y le dijo:

—Ninguna otra ha de ser mi esposa, sino aquella cuyo pie quepa en este zapato.

Las dos hermanastras se alegraron, pues ambas tenían lindos pies. La mayor fue a su cuarto para probarse la zapatilla; su madre la acompañaba. Pero no le cabía el dedo gordo, y el zapato le estaba muy pequeño; entonces, la madre, tendiéndola un cuchillo, le dijo:

—¡Córtaite el dedo!: cuando seas reina no necesitarás andar a pie.

La muchacha se cortó el dedo gordo, introdujo a la fuerza el pie en el zapato, reprimió el dolor, salió del cuarto y se presentó al príncipe. Este la aceptó como su prometida, la montó en su caballo y se fue con ella.

Pero cuando pasaron delante de la tumba, dos palomitas que estaban posadas en el avellano cantaron:

«Vuelve a mirar, vuelve a mirar:  
la zapatilla está sangrando,  
la zapatilla le va apretando,  
la novia de verdad está aún en el hogar.»

Entonces el príncipe miró su pie y vio cómo sangraba. Hizo volver grupas al caballo, llevó de nuevo a su casa a la falsa novia y, diciendo que no era la que buscaba, pidió que la otra hermana se probase el zapato. Esta se retiró a su habitación y logró meter fácilmente los dedos en el zapato, pero el talón no le cabía. Entonces la madre le tendió un cuchillo y le dijo:

—¡Córtaite un pedazo del talón!: cuando seas reina, no necesitarás andar a pie.

La muchacha se cortó un trozo del talón, introdujo a la fuerza el pie en el zapato, reprimió el dolor, salió del cuarto y se presentó ante el príncipe. Este la aceptó como su prometida, la montó en su caballo y se fue con ella.

Cuando pasaron delante de la tumba, las dos palomitas que estaban allí cantaron:

«Vuelte a mirar, vuelve a mirar:  
la zapatilla está sangrando,  
la zapatilla le va apretando,  
la novia de verdad está aún en el hogar.»

Miró el príncipe el pie de la muchacha y vio que la sangre manaba por el zapato y que la blanca media estaba ensangrentada. Volvió grupas y devolvió a su casa a la falsa novia.

—Tampoco ésta es la verdadera —dijo—. ¿No tenéis otra hija?

—No —respondió el padre—; sólo una sucia Cenicienta que tuve de mi difunta esposa; pero es imposible que ella sea la novia.

Mandó el príncipe que la llamasen, pero la madrastra repuso:

—¡Oh, no!; está demasiado sucia y no debe dejarse ver.

Pero como el príncipe insistiera, no tuvieron más remedio que llamar a Cenicienta. Esta se lavó primero las manos y la cara; luego entró en la habitación y se inclinó ante el príncipe, quien le tendió el zapato de oro. Entonces se sentó la joven en un taburete, se quitó el pesado zueco y se calzó la zapatilla: le venía como un guante. Y cuando se levantó y el príncipe la miró a la cara, reconoció inmediatamente a la hermosa joven que había bailado con él y exclamó:

—¡Esta sí que es mi verdadera novia!

La madrastra y sus dos hijas se sobresaltaron y empalidecieron de rabia. El príncipe se fue con Cenicienta a caballo. Al pasar delante del avellano, cantaron las dos palomitas blancas:

«Vuelve a mirar, vuelve a mirar:  
la zapatilla no está sangrando,  
la zapatilla no le va apretando,  
a la novia de verdad llevas a tu hogar.»

Y cuando hubieron cantado esto, se acercaron volando y se posaron sobre los hombros de Cenicienta: una a la derecha y la otra a la izquierda; y allí se quedaron.

Cuando llegó el día de la boda, se presentaron las falsas hermanas, descosas de congraciarse con Cenicienta para participar de su suerte. Cuando los novios se encaminaron a la iglesia la mayor de las hermanas iba a su derecha, y la menor a su izquierda: entonces las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Después, cuando salieron, la mayor iba a la izquierda y la menor a la derecha: entonces las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Y de este modo, como castigo por su maldad y falsedad, quedaron ciegas para el resto de sus vidas.

(*Aschenputtel.*)

Erase una vez un pastorcillo que había adquirido gran y extendida fama por las sabias respuestas que daba a todas las preguntas que le hacían. Hasta el mismo rey tuvo noticia de ello pero, no dando crédito a sus oídos, mandó que lo trajeran ante él. Entonces le habló de esta manera:

—Si eres capaz de responder a tres preguntas que voy a hacerte, te consideraré como mi propio hijo y vivirás conmigo en mi palacio real.

—¿Cuáles son las preguntas? —dijo el zagalillo.

—La primera —dijo el rey— es: ¿cuántas gotas de agua tiene el mar?

—Vuestra Alteza —respondió el pastorcillo—: ordenad que taponen todos los ríos de la tierra, para que no llegue al mar ni una gotita que yo no haya contado antes; entonces os diré cuántas gotas tiene el mar.

—La otra pregunta —dijo el rey— es: ¿cuántas estrellas hay en el firmamento?

—Dadme un pliego grande de papel —pidió el pastorcillo.

16 J. L. y W. K. Grimm

Hänsel y Gretel

—Bienvenidas seáis, queridas tías —dijo la novia.  
—¡Oh! —exclamó el novio—, ¿cómo tienes amistades tan repugnantes?  
Y acercándose a la mujer del ancho pie plano, le preguntó:  
—¿De qué tenéis un pie tan ancho?  
—De pisar —respondió ésta—, de pisar.  
Entonces se dirigió a la segunda y le preguntó:  
—¿De qué tenéis ese labio caído?  
—De lamer —respondió ésta—, de lamer.  
Entonces le preguntó a la tercera:  
—¿De qué tenéis el pulgar tan ancho?  
—De torcer el hilo —respondió ésta—, de torcer el hilo.  
Entonces se asustó el príncipe y dijo:  
—Pues bien, mi bella prometida no habrá de poner las manos nunca en una sica.  
Y de este modo se liberó del desagradable oficio del hilado.

(Die drei Spinnerinnen.)

En el lindero de un frondoso bosque vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos; el cielo se llamaba Hänsel y la niña Gretel. Poco era lo que tenía para pinchar y cortar e hincar el diente; y en una ocasión, cuando una gran alza de precios azotó el país, ni siquiera podía llevar a la casa el pan de cada día.  
Hallándose una noche pensando en su situación, dando vueltas y vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño por las preocupaciones, dio un suspiro y le dijo a su mujer:  
—¿Qué será de nosotros! ¿Cómo podremos dar de comer a nuestros pobres hijos si no tenemos ni para nosotros mismos?  
—¿Sabes una cosa, esposo mío? —respondió la mujer—, llevemos mañana de madrugada a nuestros niños al bosque, allí donde la espesura sea mayor; entonces haremos un fuego y le daremos a cada uno un mendrugo de pan; luego nos iremos a trabajar y los dejaremos solos. Nunca encontrarán el camino de regreso a casa, y nos habremos desembarazado de ellos.

17

18 J. L. y W. K. Grimm

19 Cuentos

—No, mujer —dijo el hombre—, eso no lo haré; ¿cómo podría yo abandonar a mis hijos en el bosque?, las fieras salvajes llegarían inmediatamente y los despedazarían.  
—¡Oh, estúpido de tí! —exclamó ella—, entonces moriremos los cuatro de hambre. ¡Ya puedes ir cortando las tablas para los ataúdes!  
Y no le dejó ni un instante en paz hasta que acabó por dar su consentimiento.  
—Pero los pobres niños me dan mucha lástima —dijo el hombre.  
Los dos niños tampoco habían podido dormir por el hambre y habían estado escuchando lo que la madrastra dijo a su padre.  
Gretel lloraba amargamente, y entre sollozos le dijo a Hänsel:  
—Ahora estamos perdidos.  
—Tranquilízate, Gretel —dijo Hänsel—, no te aflijas; yo sabré cómo sacarnos del aprieto.  
Y cuando los viejos se hubieron dormido, Hänsel saltó de la cama, se puso su chaquetilla, abrió sigilosamente la puerta y se deslizó fuera de la casa. La luna brillaba espléndidamente, y las blancas chinias relucían como monedillas de plata en el suelo. El chico se agachó y recogió tantas piedras como pudo meterse en los bolsillos de su chaquetilla. Luego regresó y le dijo a Gretel:  
—Consuélate, hermanita querida, y duerme tranquilamente; Dios no nos abandonará.  
Y diciendo esto, volvió a meterse en la cama.  
Cuando apuntaba el día, antes de que hubiese salido el sol, entró la mujer y despertó a los dos niños.  
—¡A levantarse, holgazanes! vamos a ir al bosque a por leña —y dándole a cada uno un mendrugo de pan, añadió—: Aquí tenéis algo para el almuerzo; pero no os lo vayáis a comer antes, pues no recibiréis nada más.  
Gretel recogió el pan en su delantal, puesto que Hänsel tenía los bolsillos llenos de piedras. Luego se dirigieron todos juntos hacia el bosque. Cuando habían caminado un rato, se detuvo Hänsel y miró hacia atrás, en direc-

ción a la casa; y esto lo hizo de nuevo, repitiéndolo una y otra vez.  
—Hänsel —dijo el padre—, ¿qué estás mirando y por qué te retrasas?; pon cuidado y no olvides que tienes piernas para caminar.  
—¡Ah!, padre —respondió Hänsel—, miro a mi gatito blanco; está en el techo y quiere decirme adiós.  
—¿Zoquete! —gruñó la mujer—. Lo que ves no es tu gatito, es el sol, que ya se asoma por la chimenea.



Pero Hänsel no había estado mirando al gatito, sino que había ido arrojando por el camino, cada vez que se detenía, una de las blancas chinias que llevaba en su bolsillo.  
Una vez bien adentrados en el bosque, dijo el padre:  
—Ahora a recoger leña. Haré fuego para que no padeáis frío.  
Hänsel y Gretel se pusieron a coquetar ramas secas hasta que hicieron un buen montoncito de ellas. La leña fue encendida, y cuando chisporroteaban altas las llamas, dijo la mujer:  
—Y ahora, chicos, sentaros al fuego, y no os mováis de aquí. Nosotros nos vamos a cortar leña. Cuando terminemos, volveremos por vosotros.  
Hänsel y Gretel se sentaron alrededor del fuego y, cuando llegó el mediodía, cada uno comió su mendrugu-

llo de pan. Y como habían estado oyendo hachazos, creyeron que su padre estaba cerca. Pero no era un hacha lo que oían; era una rama que su padre había atado a un árbol seco y que el viento movía, haciéndola golpear contra el mismo. Y cuando hubieron esperado mucho, los ojos se les cerraron de cansancio y se sumieron en un profundo sueño. Al despertar, había entrado ya la noche y la más profunda oscuridad les rodeaba.

—¿Cómo vamos a salir del bosque! —exclamó Gretel, rompiendo a llorar.

—Espera un momento —la consoló Hänsel— hasta que salga la luna, entonces encontraremos el camino.

Y cuando salió la luna llena, Hänsel cogió a su hermanita de una mano y fue buscando las chinas, que relucían como monedillas de plata recién acuñadas que les enseñaran el camino. Estuvieron andando toda la noche y llegaron a la casa del padre al irrumpir el día. Llamaron a la puerta, y cuando abrió la mujer y vio que eran Hänsel y Gretel, dijo:

—¡Chicos malos!, ¿cómo habéis estado tanto tiempo durmiendo en el bosque?; ya creíamos que no pensábais regresar.

Pero el padre se alegró, pues le había llegado al alma el haberlos dejado solos.

No pasó mucho tiempo sin que la miseria se adueñase de nuevo de la casa. Y los niños oyeron cómo la madre le hablaba al padre por la noche, en la cama:

—Ya nos lo hemos comido todo de nuevo; sólo nos queda un pan. Y luego: ¡sanseacabó! Los niños han de irse. Llévemoslos bosque adentro, más lejos que la última vez, para que no puedan hallar el camino. De lo contrario, no tendremos salvación.

Al hombre esto le dolía mucho, y dijo:

—Sería mejor que repartiésemos con tus hijos hasta el último mendrugo.

Pero la mujer no quería escuchar razones; se movió de él y le hizo reproches. Quien había dado su palabra, tenía que mantenerla; y como había cedido la primera vez, tuvo que ceder la segunda.

Sin embargo, los niños todavía estaban despiertos y escucharon la conversación. Cuando los viejos se durmieron, Hänsel se levantó de la cama y quiso ir a recoger chinas como la vez anterior, pero la mujer había cerrado la puerta y Hänsel no pudo salir. No obstante, consoló a su hermanita y dijo:

—No llores, Gretel, y duérmete tranquila, que Dios nos ayudará.



Por la madrugada se presentó la mujer e hizo salir a los niños de la cama. Cada uno recibió su mendrugillo de pan, que era más pequeño que el de la última vez. Por el camino hacia el bosque, Hänsel lo desmenuzó en sus bolsillos; se detuvo con frecuencia, arrojando siempre una miguilla a la tierra.

—Hänsel —dijo el padre—, ¿por qué te detienes y miras hacia atrás? ¡Sigue tu camino!

—Miro a mi palomita; está sobre el tejado y quiere decirme adiós.

—¡Zoque! —exclamó la mujer—, eso no es tu palomita, es el sol, que ya se asoma por la chimenea.

Pero Hänsel fue arrojando por el camino todas las miguillas, una detrás de otra.

La mujer llevó a los niños muy adentro del bosque, allí donde no habían estado nunca. De nuevo hicieron un gran fuego, y la mujer dijo:

—Quedaros ahí sentados, niños; y si os cansáis, podéis dormir un poco. Nosotros vamos a cortar leña, y en la tarde, cuando acabemos, vendremos por vosotros.

Cuando llegó el mediodía, Gretel compartió su pan con Hänsel, que había esparcido su pedazo por el camino. Entonces se durmieron, y llegó la noche, pero nadie vino por los pobres niños. Se despertaron bien entrada la noche, rodeados de tinieblas, y Hänsel consoló a su hermanita y dijo:

—Espera un momento, hasta que salga la luna; entonces veremos las miguillas que he ido tirando, y ellas nos mostrarán el camino de casa.

Cuando salió la luna se pusieron en camino; pero no encontraron ni una migra de pan, pues se las habían comido los miles de pájaros que revoloteaban por bosques y prados. Hänsel le dijo a Gretel:

—Encontraremos el camino.

Pero no lo encontraron. Anduvieron toda la noche y todo un día, desde por la mañana hasta por la tarde; pero no lograron salir del bosque y estaban hambrientos, pues no pudieron comer más que unas pocas bayas que quedaban por el suelo. Y como estaban tan cansados que las piernas ya no los sostenían, se echaron bajo un árbol y quedaron dormidos.

Comenzó ya la tercera mañana desde que abandonaron la casa del padre. Empezaron de nuevo la marcha, pero cada vez se internaban más profundamente en el bosque, y como no recibieran pronto ayuda, morían de hambre. Cuando llegó el mediodía vieron a un pajarillo hermoso y blanco como la nieve que estaba posado sobre una rama; tenía un canto tan agradable que se detuvieron a escucharlo. Y cuando hubo terminado de can-

tar, extendió las alas y se echó a volar delante de ellos. Y ellos lo siguieron, hasta que llegaron a una casita, sobre cuyo tejado se posó; y cuando se acercaron, vieron que la casita estaba hecha de pan y cubierta de galletas; y las ventanas eran de transparente azúcar.

—Vamos a caer sobre ella —dijo Hänsel— y a darnos un buen banquete. Me comeré un trozo del techo, Gretel; tú puedes comer de la ventana; sabe a dulce.

Hänsel se escurrió y partió un trozo del techo, para ver cómo sabía; y Gretel se acercó a una ventana y la mordisqueó. Entonces llamó una fina voz por la ventana:

—«Mordisco, mordisco, pellizquito,  
¿quién está mordisqueando mi tejadito?»

Y los niños respondieron:

—«El viento, el vientecito,  
ese niño precioso.»

Y siguieron comiendo, sin dejarse intimidar. Hänsel, a quien el tejado le gustaba mucho, le arrancó un gran pedazo; y Gretel arrancó todo el vidrio redondo de una ventana, se sentó en el suelo y comenzó a paladearlo. Entonces se abrió de repente la puerta y salió arrastrándose pesadamente una anciana decrepita, que caminaba apoyándose en un bastón.

Hänsel y Gretel se asustaron tanto que dejaron caer lo que tenían en las manos.

—¡Lá, niños queridos! —habló la mujer, meneando la cabeza—, ¿quién os ha traído aquí? Acercaos y quedaos conmigo, que nada os pasará.

Cogió a los niños de la mano y los metió dentro de la casita. Les preparó una buena comida, con leche y buñuelos con azúcar, y manzanas y nueces. Después les arregló dos lindas camas, que puso de punta en blanco, y Hänsel y Gretel se acostaron en ellas y pensaron estar en el cielo.

La vieja sólo había simulado esta gran amabilidad, pues, en verdad, era una bruja mala, que acechaba a los

niños y que había construido la casa de pan solamente para atraérselos. Cuando un niño caía en sus garras, lo mataba, lo cocinaba y se lo comía; y esto era una fiesta para ella. Las brujas tienen los ojos rojos y no pueden ver muy lejos, pero tienen un fino olfato como los animales y advierten la llegada de los hombres. Cuando Hänsel y Gretel llegaron a ella se echó a reír malintencionadamente y dijo con sarcasmo:

—A éstos los tengo, y no se me escaparán.



Por la mañana temprano, antes de que los niños se despertaran, se levantó; y al verlos descansar como angelitos, con sus gorditas mejillas sonrosadas, murmuró para sus adentros:

—Van a ser un buen bocadito.

Entonces cogió a Hänsel con sus huesudas manos y se lo llevó a un corralillo, donde lo encerró tras unas rejas; allí podría gritar el niño cuanto quisiera, que nadie vendría en su ayuda. Entonces regresó a donde estaba durmiendo Gretel, la sacudió violentamente y gritó:

—¡Levántate, holgazana! Ve a por agua y prepárate algo bueno de comer a tu hermano. Está afuera, en el establo, y ha de engordar. Cuando esté gordo, me lo comeré.

Gretel se echó a llorar desesperadamente; pero todo fue en vano: tuvo que hacer lo que le pedía la bruja mala.

Entonces se le preparó al pobre Hänsel la mejor de las comidas, pero Gretel no recibió más que caparzones

de cangrejos. Todas las mañanas se deslizaba la vieja al corralillo y decía:

—Hänsel, saca un dedito, para que vea si ya estás gordito.

Pero Hänsel sólo asomaba un huesecillo; y la vieja, que, con sus ojos vidriosos, no podía ver, creía que era un dedo de Hänsel, y se admiraba de que éste no engordase. Cuando habían transcurrido cuatro semanas y Hänsel seguía estando delgado, se apoderó de ella la impaciencia y no quiso esperar más.

—¡Ven aquí, Gretel! —le gritó a la niña—, date prisa y trae agua; por mí ya puede estar Hänsel gordo o flaco: mañana le cortaré en pedazos y lo coceré.

¡Oh, cómo gemía la pobre hermanita mientras tenía que llevar agua, y cómo le corrían las lágrimas por sus mejillas!

—¡Dios mío —exclamó—, ayúdanos! Si las fieras del bosque nos hubiesen comido, al menos hubiésemos muerto juntos.

—Puedes ahorrarte esas sandeces —dijo la vieja—; nadie te ayudará.

Por la mañana temprano tuvo que salir Gretel a colgar el caldero con agua y a hacer fuego.

—Primerito vamos a hacer pan —dijo la vieja—; ya he encendido el horno y he amasado la harina.

Y empujó a la pobre Gretel, levantándola hasta el horno, por el que ya salían las llamas.

—Métete dentro —dijo la bruja— y mira a ver si está bien encendido, para que podamos meter el pan.

Y una vez que Gretel estuviese dentro, pensaba cerrar el horno; y Gretel habría de asarse en él, y luego se la comería. Pero Gretel advirtió sus intenciones y dijo:

—No sé cómo he de hacerlo; ¿cómo puedo entrar?

—¡Niña estúpida! —exclamó la vieja—; la abertura es lo suficientemente grande; ¿no ves que hasta yo podría entrar?

Entonces se empujó y metió la cabeza en el horno. Y Gretel le dio tal empujón que la metió dentro; cerró la tapa de hierro y pasó el pestillo. ¡Ay!; allí fue el

aullar: la bruja daba berriidos espeluznantes. Pero Gretel se alejó y la bruja maldita se achicharró miserablemente.

Y Gretel fue corriendo directamente a donde estaba Hänsel, abrió el corralillo y dijo:

—Hänsel, estamos salvados; la vieja bruja ha muerto.

Entonces salió Hänsel, como sale un pajarito de su jaula cuando se le abre la puerta. ¡Cómo se alegraron!, ¡cómo se abrazaron!, ¡cómo saltaron y brincaron y se besaron! Y como ya no tenían nada que temer, entraron en la casa de la bruja, y allí había en todos los rincones cofres llenos de perlas y piedras preciosas.

—¡Estas son mejores que las chinas —dijo Hänsel, rellenándose los bolsillos de ellas.

—Yo también quiero llevar algo a casa —dijo Gretel, y se llenó el delantalillo.

—Pero ahora hemos de irnos —dijo Hänsel—, para que salgamos de este bosque de brujas.

No habían caminado más que algunas horas cuando llegaron a la ribera de un ancho río.

—No podemos pasar —dijo Hänsel—; no veo ni vado ni puente.

—Tampoco pasan por aquí barquitos —añadió Gretel—. Pero mira, allí nada un pato blanco; si se lo pido, nos ayuda a pasar.

Y entonces llamó:

—«Patito, patito,  
Hänsel y Gretel están solitos.  
No hay puente ni vado;  
lévanos sobre tu lomo alado.»

El patito se acercó, y Hänsel se montó en él y pidió a su hermanita que se sentara a su lado.

—No —respondió Gretel—, será demasiado pesado para el patito; que nos lleve a uno después de otro.

Y esto fue lo que hizo el buen animalito, y cuando hubieron pasado felizmente a la otra orilla y hubieron andado un ratito, el bosque se les fue haciendo cada vez más conocido y más familiar, hasta que finalmente divi-

saron a lo lejos la casa de su padre. Entonces echaron a correr, entraron presurosos al cuarto y se echaron en los brazos de su padre. El hombre no había pasado ni un instante feliz desde que dejara a los niños en el bosque; mas la mujer había muerto. Gretel sacudió su delantalillo y las perlas y las piedras preciosas saltaron y rodaron por el suelo. Hänsel iba sacando un puñado tras otro de su bolsillo y los arrojaba por el cuarto. Entonces se acabaron todas sus preocupaciones y vivieron siempre felices y contentos. Mi cuento se ha acabado; por allí corre un ratón; quien lo coja podrá hacerse una capa grande, muy grande, de pieles.

(Hänsel und Gretel.)

La pajita se tendió desde una orilla a la otra; y el carbón, que tenía una naturaleza ardiente, saltó alegremente por el puente recién construido. Mas cuando llegó a la mitad oyó el murmullo del agua debajo de él, tuvo miedo, se quedó inmóvil y no se atrevió a seguir avanzando. Pero la pajita comenzó a encenderse, se partió en dos pedazos y cayó al río. El carbón resbaló tras ella, dio un chasquido al caer al agua y se ahogó. La judía, que, precipitadamente, se había quedado en la orilla, sólo podía echarse a reír por lo que había visto, pero no pudo parar y se rió tanto que reventó. Y hubiese perdido también la vida si, por suerte suya, no se hubiese encontrado por allí un sastre peregrino, que descansaba en la ribera. Como era de buen corazón, sacó aguja e hilo y la cosió. La judía le dio sus más encarecidas gracias, pero como el sastre había utilizado hilo negro, desde ese día todas las judías tienen una costura negra.

(*Strohalm, Koble und Bobne.*)

Erase una vez un hombre y una mujer que llevaban mucho tiempo deseando inútilmente tener un hijo; por fin se forjó la mujer esperanzas de que Dios Nuestro Señor cumpliría su deseo. La pareja tenía una casa con una ventanilla en la parte trasera; a través de ella podía verse un espléndido huerto, lleno de las más hermosas flores y plantas; pero estaba rodeado por un alto muro y nadie se atrevía a entrar en él, porque pertenecía a una bruja de gran poder que era temida por todo el mundo. Un buen día se encontraba la mujer junto a la ventana mirando el jardín; entonces advirtió una era sembrada con los más hermosos rapónchigos; y se veían tan frescos y verdes que le abrieron el apetito y sintió el antojo inmenso de comer algunos. El antojo aumentaba de día en día, y como sabía que no podría conseguir ni uno solo, decayó y adquirió un aspecto pálido y demacrado. Entonces el hombre se asustó y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, esposa mía?

—¡Ay! —respondió—; si no consigo unos rapónchigos del huerto que está detrás de nuestra casa, moriré.

El hombre, que la quería mucho, pensó: «Antes de permitir que muera tu mujer, tráele esos rapónchigos, cueste lo que cueste.» Así que al atardecer saltó el muro que daba al jardín de la bruja, arrancó de prisa y corriendo un manojo de rapónchigos y se lo llevó a su mujer. Ella hizo inmediatamente una ensalada y se la comió ávidamente. Pero le gustaron tanto, tanto, que al día siguiente su apetito se había triplicado. Para que se tranquilizase, el hombre tuvo que volver a saltar al jardín. Así que trepó otra vez por el muro al atardecer, pero



al saltar al otro lado se llevó un susto enorme, pues vino ante sí a la bruja.

—¿Cómo puedes atreverte —dijo la bruja, lanzándole una mirada de indignación— a saltar a mi huerto y a quitarme, como un ladrón, mis rapónchigos? ¡Esto lo pagarás caro!

—¡Ay! —respondió el hombre—; tened compasión, sólo la necesidad me ha llevado a ello; mi mujer vio los rapónchigos desde la ventana y le entraron unas ganas tan grandes de comérselos que hubiese muerto de no haber podido hacerlo.

Entonces la bruja se apaciguó y le dijo:

—Si es como dices te permitiré que cojas todos los rapónchigos que quieras; sólo te pongo una condición: tendrás que darme a la criatura que tu mujer traiga al mundo. No le pasará nada, y yo la cuidaré como una madre.

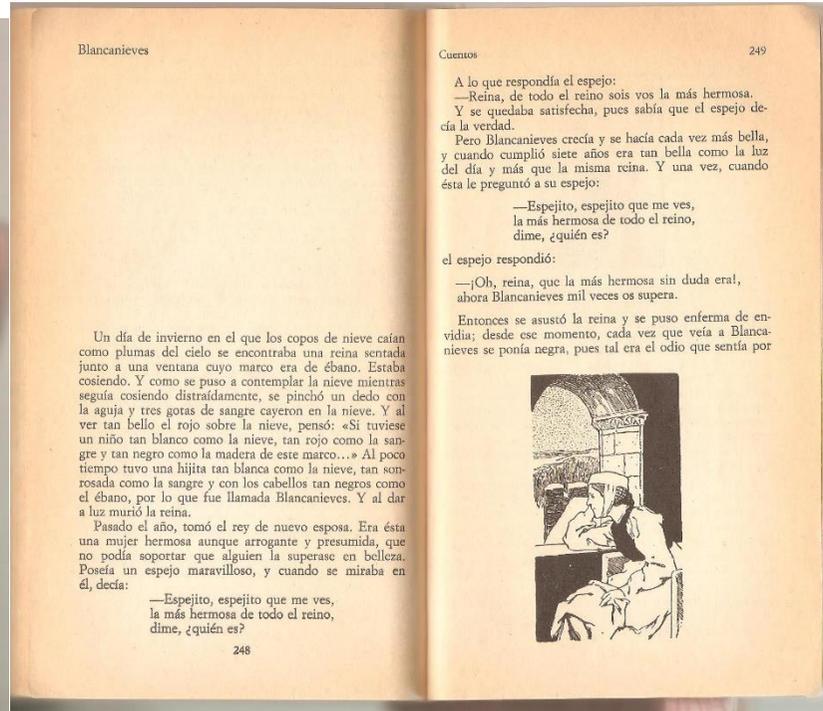
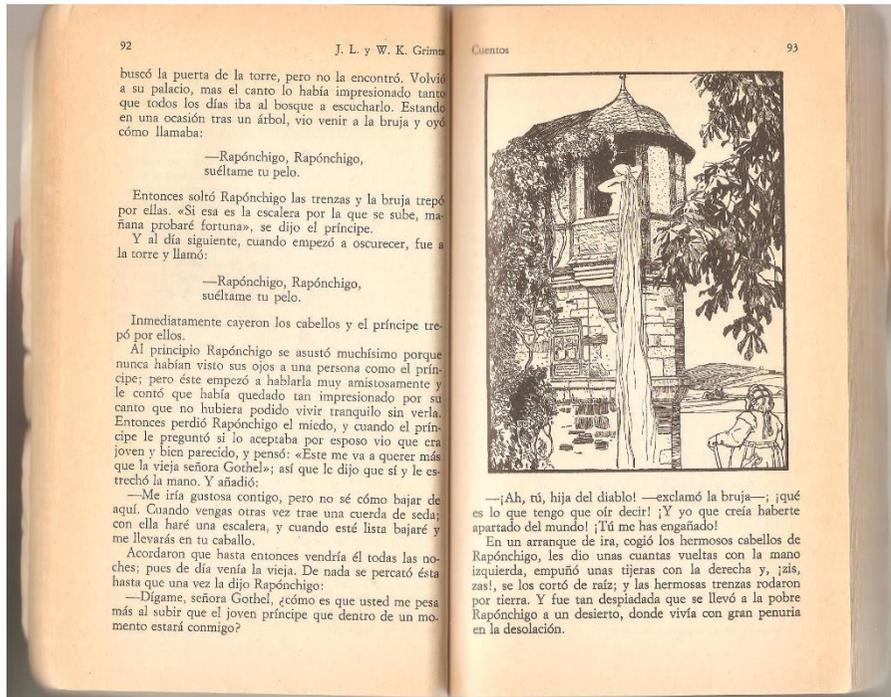
Lleno de miedo, el hombre asintió, y cuando la mujer dio a luz vino inmediatamente la bruja, dio a la criatura el nombre de *Rapónchigo* y se la llevó consigo.

Rapónchigo era la niña más hermosa del mundo. Cuando cumplió doce años, la bruja la encerró en una torre que se encontraba en un bosque y que no tenía puerta ni escalera; tan sólo una ventanita en todo lo alto. Cuando la bruja quería subir se ponía al pie de la torre y llamaba:

—Rapónchigo, Rapónchigo, suéltame tu pelo.

Rapónchigo tenía una espléndida y larga cabellera, reluciente como el oro. Cuando oía la voz de la bruja se soltaba las trenzas, las ataba a un gancho de la ventana y dejaba caer sus cabellos unas veinte varas para que la bruja trepara hasta arriba.

Pasados algunos años ocurrió que el hijo del rey, cabalgando un día por el bosque, pasó cerca de la torre. Entonces oyó un canto tan melodioso que se detuvo. Era Rapónchigo que, en su soledad, se entretendía entonando su dulce voz. El príncipe quiso subir a verla y





la muchacha. La envidia y el despecho fueron creciendo en su corazón como la mala hierba, hasta que no llegó a tener ni un minuto de descanso, ni de día ni de noche. Entonces mandó llamar a un cazador y le dijo:

—Llévate a la niña al bosque; no quiero volverla a ver. La matarás y me traerás, como prueba, sus pulmones y su hígado.

Obedeció el cazador y se la llevó; y ya había sacado el cuchillo de monte y se disponía a traspasar el inocente corazón de Blancanieves, cuando la niña se echó a llorar y le dijo:

—Ay, querido cazador, déjame vivir!; me quedaré en el bosque y no regresaré nunca.

Y como era una niña preciosa, el cazador se compadeció y dijo:

—Vete, pobre niña, vete.  
«Las fieras pronto darán cuenta de ella», pensó y, sin embargo, sintió que se quitaba un gran peso de encima al no tener que matarla. Y como acertase a pasar en ese momento un cachorro de jabalí, lo mató con su cuchillo, le sacó pulmones e hígado y se los llevó a la reina como prueba. El cocinero tuvo que cocerlos con sal, y la pérfida mujer se los comió, creyendo que eran los pulmones y el hígado de Blancanieves.

Y la pobre niña se quedó en el inmenso bosque sola y desamparada; tenía tanto miedo que se quedó mirando las hojas de los árboles sin saber qué hacer. Luego echó a andar, caminando sobre las puntiagudas piedras y las espinas, y las fieras pasaban a su lado sin hacerle nada. Caminó mientras sus piernas la sostuvieron, hasta que empezó a oscurecer; entonces vio una pequeña casita y entró en ella a descansar. En la casita todo era diminuto, pero tan bonito y limpio que no se podía pedir más. Había una mesita cubierta con un mantelito blanco, y sobre la mesita había siete platitos, cada uno con su cucharita, y además siete cuchillitos, siete tenedores y siete vasitos. Junto a la pared se encontraban dispuestas, una junto a otra, siete camitas cubiertas por sábanas tan blancas como la nieve.

Blancanieves, como tenía hambre y sed, comió de cada platito un poco de verdura y pan, y bebió de cada vasito un sorbo de vino; pues no quería quitárselo todo a uno. Después, como tenía sueño, fue echándose en las camitas, pues ninguna era de su medida: una era muy larga, otra muy corta, hasta que la séptima le vino bien; y en ella se quedó, se encomendó a Dios y se durmió.

Cuando se hizo de noche llegaron los duendes de la casita: eran siete enanitos que cavaban y horadaban los montes buscando minerales. Encendieron sus siete lamparitas y, al iluminar la casita, vieron que alguien había estado allí; pues nada se encontraba tal como lo habían dejado.

Dijo el primero:

—¿Quién se ha sentado en mi sillita?

El segundo:

—¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero:

—¿Quién ha cortado un trozo de mi panecito?

El cuarto:

—¿Quién ha comido de mi verdurita?

El quinto:

—¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?

El sexto:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

El séptimo:

—¿Quién ha bebido de mi vasito?

Luego el primero miró alrededor y, viendo que en su cama había un ligero hundimiento, dijo:

—¿Quién se ha echado en mi camita?

Acudieron presurosos los demás y exclamaron a la vez:

—También alguien se ha echado en la mía.

Pero el séptimo, al examinar la suya, descubrió a Blancanieves dormida en ella. Entonces llamó a los demás, que se acercaron corriendo y gritaron llenos de admiración; trajeron luego sus siete lamparitas e iluminaron a Blancanieves.

—¡Oh, Dios mío! ¡oh, Dios mío! —exclamaban—; ¡qué preciosidad de niña!

Y fue tal su alegría que decidieron no despertarla, sino dejarla dormir en la camita. Y el séptimo enanito durmió con sus compañeros, una hora con cada uno de ellos; y así transcurrió la noche.

Al clarear el día se despertó Blancanieves, y, al ver a los siete enanitos, se asustó; pero ellos la saludaron cariñosamente y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —respondió ella.

—¿Y cómo has llegado a nuestra casa? —siguieron preguntando los enanitos.

Entonces les contó que su madrastra había dado orden de matarla, pero que el cazador le había perdonado la vida y ella había estado andando durante todo el día, hasta que, al fin, encontró la casita. Dijeron entonces los enanitos:

—Si quieres cuidar la casa, cocinar, hacer las camas, lavar, remendar la ropa y tenerlo todo en orden, podrás quedarte con nosotros y nada te faltará.

—Sí —dijo Blancanieves—; lo haré de todo corazón. Y Blancanieves se quedó a vivir con los enanitos, arreglándoles la casa: por las mañanas se iban ellos al monte en busca de hierro y oro; por las tardes regresaban, y

entonces tenía que estar preparada la comida. Durante el día se quedaba sola la niña; por eso los buenos enanitos le advirtieron:

—Cuidate de tu madrastra; pronto sabrá que te encuentras aquí; no dejes entrar a nadie.

Pero como la reina creía haberse comido el hígado y los pulmones de Blancanieves, sólo pensaba en que era de nuevo la más hermosa: así que se puso frente al espejo y dijo:

—Espejito, espejito que me ves,  
la más hermosa de todo el reino,  
dime, ¿quién es?

A lo que respondió el espejo:

—¡Oh, reina, que la más hermosa sin duda era!,  
ahora Blancanieves,  
allá entre los siete montes,  
con los siete enanos,  
en mil veces os supera.

Entonces se asustó porque sabía que el espejo sólo decía la verdad, y comprendió que el cazador la había engañado y que Blancanieves vivía aún. Y pensó de nuevo en la manera de matarla, pues mientras no fuese la más hermosa de todo el reino la envidia no le dejaría vivir tranquila ni un solo instante. Y al fin se le ocurrió algo, y se tiñó el rostro y se vistió como una vieja vendadora, quedando totalmente irreconocible. Con ese disfraz marchó por las siete montañas hasta llegar a la casa de los siete enanos, llamó a la puerta y preguntó:

—¡Buena mercancía vendo!, ¡vendo!

Blancanieves se asomó a la ventana y la llamó:

—¡Buenos días, buena mujer!, ¿qué es lo que vendéis?

—Buena mercancía, preciosa mercancía —respondió—: cintas de todos los colores.

Y sacó una tejida con sedas de colores.

«A esta honrada mujer puedo dejarla entrar» pensó Blancanieves; y abrió la puerta y le compró la bonita cinta.

—Oh, niña, qué guapa eres! —dijo la vieja—; ven, que voy a ponerte la cinta.

Blancanieves no sospechaba nada: inclinó la cabeza y dejó que le pusiese la cinta; pero la vieja le echó rápidamente la cinta al cuello, le hizo un nudo y apretó tan fuertemente que a Blancanieves se le cortó la respiración y cayó como muerta al suelo.

—Bien, con que fuiste la más hermosa —dijo la vieja, echando a correr.

Al poco rato, a la hora de la cena, volvieron los siete enanitos a casa; y cómo se asustaron al encontrar a su querida Blancanieves en el suelo, tan inmóvil que parecía muerta. La levantaron, y al ver que el nudo la estaba ahorcando, cortaron la cinta; entonces la niña empezó a respirar y fue reanimándose poco a poco. Cuando los enanitos supieron lo ocurrido, dijeron:

—La vieja vendedora no era otra sino la maldita reina. Ten cuidado y no dejes pasar a nadie cuando no estemos contigo.

Pero la mala mujer, de vuelta al palacio, fue a mirarse al espejo y preguntó:

—Espejito, espejito que me ves,  
la más hermosa de todo el reino,  
dime, ¿quién es?

Entonces el espejo respondió como de costumbre:

—¡Oh, reina, que la más hermosa sin duda era!  
ahora Blancanieves,  
allá entre los siete montes,  
con los siete enanos,  
en mil veces os supera.

Al escuchar esto se pegó tal susto que el corazón le dio un vuelco en el pecho, pues comprendió que Blancanieves había vuelto a la vida.

—Pues ahora —dijo—, voy a idear algo que te anime.

Y con unas brujerías que conocía preparó un peine envenenado. Entonces se disfrazó de otra vieja mujer. Así caminó por los siete montes hasta la casa de los siete enanos, llamó a la puerta y preguntó:

—Buena mercancía vendo!, ¡vendo!

Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:

—Sigue tu camino, que no debo abrirle la puerta a nadie.

—Pero podrás ver la mercancía —dijo la vieja.

Y, sacando el peine envenenado, lo mantuvo en alto. A la niña le gustó tanto que se dejó convencer y abrió la puerta.

Cuando se pusieron de acuerdo en el precio, dijo la vieja:

—Ahora voy a peinarle como es debido.

La pobre Blancanieves no sospechaba nada y se sometió al desseo de la vieja; pero apenas había metido ésta el peine entre su cabello, cuando el veneno empezó a actuar y la niña cayó al suelo sin sentido.

—¡Tú, dechado de belleza! —dijo la pérfida mujer—; ahora sí que estás muerta.

Y se marchó a su palacio. Pero por fortuna pronto se hizo de noche y los siete enanitos volvieron a su casa. Al ver a Blancanieves en el suelo y como muerta, sospecharon inmediatamente de la madrastra; buscaron la causa y encontraron el peine envenenado; y nada más encontrarlo Blancanieves volvió en sí y les contó lo ocurrido. Entonces le dijeron que estuviere sobre aviso y que no volviera a abrir la puerta a nadie.

La reina, al llegar al palacio, se colocó frente al espejo y dijo:

—Espejito, espejito que me ves,  
la más hermosa de todo el reino,  
dime, ¿quién es?

A lo que el espejo respondió como la vez anterior:

—¡Oh, reina, que la más hermosa sin duda era!, ahora Blancanieves, allá entre los siete montes, con los siete enanos, en mil veces os supera.

Cuando oyó hablar así al espejo, se estremeció y tembló de rabia.

—Blancanieves morirá —gritó— aunque me cueste la vida.

Y a continuación se metió en un oculto y aislado aposento, que sólo ella conocía, y preparó una manzana envenenada. Por fuera se veía tan apetitosa, tan blanca y tan sonrosada, que quien la viese tendría que sentir deseos de morderla; pero quien comiese un solo trocito, moriría. Cuando la manzana estuvo preparada, se tñó el rostro y se disfrazó de campesina, y así marchó por los siete montes hasta la casa de los siete enanos. Tocó a la puerta y Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:

—No puedo abrir la puerta a nadie; los siete enanitos me lo han prohibido.

—Como quieras —respondió la campesina—; ya venderé en otra parte mis manzanas. Toma, te regalo una.

—No —dijo Blancanieves—, no puedo aceptar nada.

—¿Temes que esté envenenada? —preguntó la vieja— mira, voy a cortar una manzana en dos partes; la parte roja es para ti, y la blanca me la comeré yo.

Pero la manzana estaba preparada de tal suerte que sólo la parte roja tenía veneno. La espléndida manzana despertó el apetito de Blancanieves y, al ver que la campesina comía de ella, no pudo resistir la tentación por más tiempo, sacó la mano y cogió la mitad envenenada. Pero nada más llevarse un trocito a la boca cayó muerta al suelo. La reina la observó entonces con pérdida mirada y, riéndose a grandes carcajadas, dijo:

—¡Blanca como la nieve, roja como la sangre, negra como el ébano!: esta vez no podrás despertarte los enanos.

Y cuando, al regresar al palacio, le preguntó al espejo:

—Espejito, espejito que me ves,  
la más hermosa de todo el reino,  
dime, ¿quién es?

Este respondió al fin:

—Reina, de todo el reino sois vos la más hermosa.  
Entonces descansó su envidioso corazón todo lo que puede descansar un corazón envidioso.



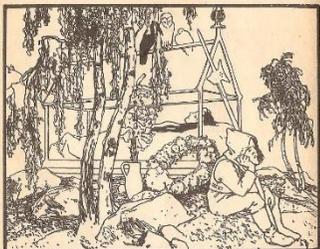
Los enanitos, cuando llegaron por la noche a su casa, encontraron a Blancanieves en el suelo; no respiraba y estaba muerta. La levantaron y buscaron algo venenoso, le desabrocharon el cinturón, peinaron sus cabellos, los lavaron con agua y vino, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: su querida niña estaba muerta y muerta siguió. La pusieron en un féretro, se sentaron alrededor y la lloraron tres días seguidos. Luego la quisieron enterrar, pero todavía se veía tan lozana como si estuviese viva y conservaba sonrosadas sus hermosas mejillas. Dijeron:

—No podemos enterrarla en la negra tierra.

E hicieron un sarcófago transparente de cristal, en el que se podía mirar por todos los lados; la colocaron dentro y grabaron por fuera con letras doradas su nombre, señalando que era una princesa. Entonces colocaron el sarcófago en la cima de un monte y uno de ellos se quedaba siempre haciendo guardia. Y los animales también vinieron a llorar a Blancanieves; primero un búho, luego un cuervo, finalmente una palomita.

Así yació Blancanieves en el sarcófago durante mucho tiempo, y como no se descomponía parecía sólo estar dur-

miendo, pues todavía era blanca como la nieve, roja como la sangre y tenía aún sus cabellos negros como el ébano. Y he aquí que un príncipe se perdió en el bosque y llegó a la casa de los enanitos para pasar la noche. Vio el sarcófago en la montaña y a la hermosa Blancanieves dentro, y leyó lo que estaba escrito con letras de oro. Entonces dijo a los enanitos:



—Dejadme el sarcófago; os daré por él lo que queráis. Pero los enanitos respondieron:

—No os lo daremos ni por todo el oro del mundo.

—Regaládmelo entonces —dijo el príncipe—, pues no podré vivir sin contemplar a Blancanieves. Quisiera honrarla y respetarla como a mi ser más querido.

Al oírle hablar así, los buenos enanitos se compadecieron del príncipe y le dieron el sarcófago. El príncipe ordenó a sus lacayos que lo llevaran sobre sus hombros. Entonces ocurrió que tropezaron con un arbusto y, con la sacudida, Blancanieves vomitó el trocito de manzana que había comido. Y al rato abrió los ojos, levantó la tapa del sarcófago, se incorporó y revivió otra vez.

—¡Oh, Dios mío!; ¿dónde estoy? —exclamó.

El príncipe le dijo lleno de alegría:

—Estás conmigo.

Y, contándole lo que había sucedido, añadió:

—Te quiero más que a nada en el mundo. Ven conmigo al palacio de mi padre y serás mi esposa.

A Blancanieves le pareció bien y se fue con él, y la boda fue celebrada con gran pompa y lujo.

Pero a la fiesta también fue invitada la maldita madrastra de Blancanieves.

La madrastra se puso un hermoso vestido, se colocó ante el espejo y preguntó:

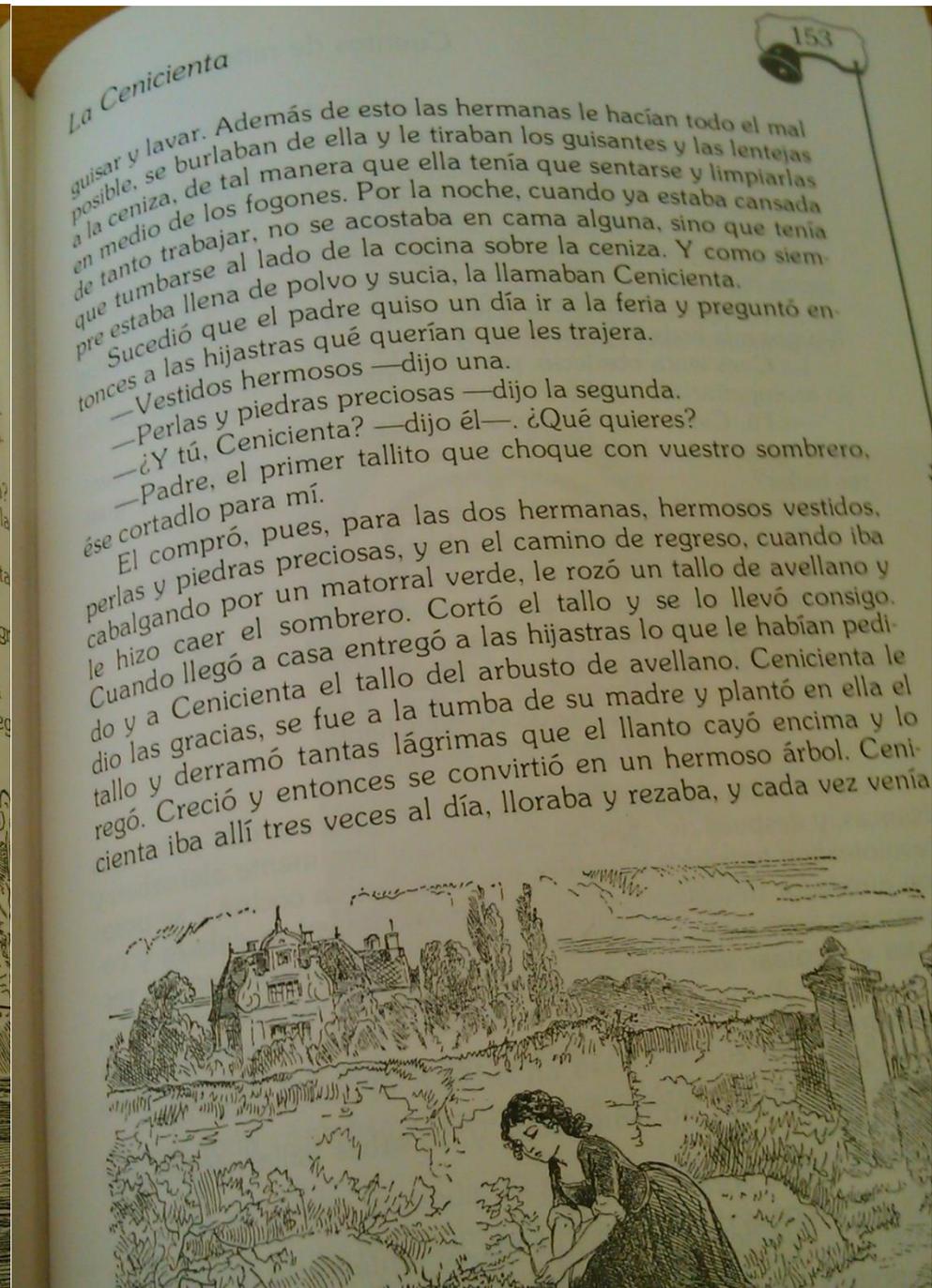
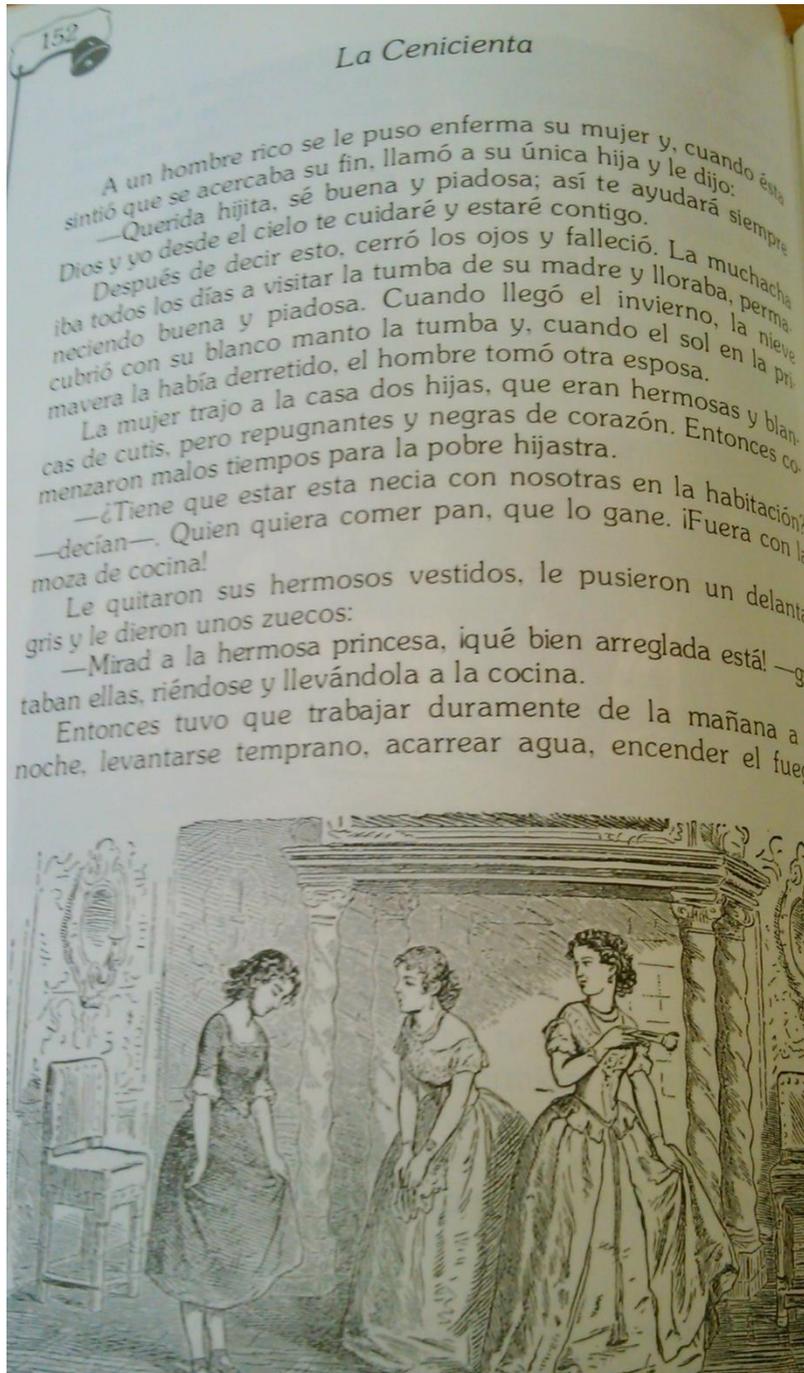
—Espejito, espejito que me ves,  
la más hermosa de todo el reino,  
dime, ¿quién es?

Y el espejo respondió:

—¡Oh, reina, que la más hermosa sin duda eres!  
ahora la joven reina mil veces os supera.

Entonces la malvada mujer lanzó una maldición y sintió tanto miedo, tanto miedo, que no supo qué hacer. Primero no quería ir a la boda; pero la curiosidad no le dejó un instante de reposo: tentó que ir y ver a la joven reina. Y al llegar reconoció a Blancanieves y, de miedo y espanto, se quedó petrificada ante ella. Pero ya estaban preparados sobre el fuego los zapatos de hierro, que fueron traídos con tenazas y calzados en sus pies. Entonces tuvo que ponerse los zapatos incandescentes y bailar y bailar hasta caer muerta al suelo.

(*Sneewittchen*)



un pajarillo blanco al árbol, y cuando ella formulaba un deseo, el pajarillo le daba lo que había deseado.

Aconteció que el rey organizó una fiesta, que debía durar tres días y a la que estaban invitadas todas las doncellas del país para que su hijo pudiera buscar novia entre ellas. Las dos hijastras, cuando supieron que también tenían que estar presentes, se pusieron muy contentas, llamaron a Cenicienta y exclamaron:

—¡Péinanos el cabello, cepíllanos los zapatos y abróchanoslos! Vamos a la boda al palacio del rey!

La Cenicienta obedeció, pero lloraba, ya que le hubiera gustado acompañarlas, y pidió a la madrastra que le permitiese ir.

—¿Tú, Cenicienta? —dijo ella—. Estás llena de polvo y ceniza, ¿y quieres ir a la boda? No tienes ni ropa ni zapatos, ¿y quieres bailar?

Pero como ella insistió en su petición, dijo finalmente:

—Te he echado una fuente de lentejas en la ceniza. Si en dos horas has seleccionado las lentejas, podrás ir.

La muchacha fue por la puerta de atrás al jardín y gritó:

—¡Vosotras, mansas palomitas, vosotras, las tortolitas, todos los pajarillos del cielo, venid y ayudadme:

«las buenas en el pucherito,  
las malas en el buchito».

A esto entraron por la ventana de la cocina dos palomitas blancas, y después de ellas las tortolitas, y finalmente aleteaban y revoloteaban todos los pajarillos del cielo por la cocina y se posaron alrededor de la ceniza. Las palomas movían la cabeza y comenzaron a picotear, *pic, pic, pic*, y también comenzaron los restantes a picotear, *pic, pic, pic*, y dejaron todos los granos buenos en la fuente. A continuación la muchacha le llevó la fuente a la madrastra, toda contenta, creyendo que podría ir a la boda. Pero ella dijo así:

—No, Cenicienta, no tienes ropa y no sabes bailar, solamente se reirán de ti.

Al comenzar a llorar ella, dijo:

—Si me recoges dos fuentes llenas de lentejas de la ceniza en una hora y las seleccionas, puedes acompañarnos —y pensaba: «Eso no podrás hacerlo nunca.»

Después de echar las dos fuentes de lentejas en la ceniza, salió la muchacha al jardín por la puerta de atrás y gritó:

—¡Vosotras, mansas palomitas, vosotras, las tortolitas, todos los pajarillos del cielo, venid y ayudadme:

«las buenas en el pucherito,  
las malas en el buchito».

A esto entraron por la ventana de la cocina dos palomitas blancas, y después de ellas las tortolitas, y finalmente aleteaban y revoloteaban todos los pajarillos del cielo por la cocina y se posaron alrededor de la ceniza. Las palomas movían la cabeza y comenzaron a picotear, *pic, pic, pic*, y también comenzaron los restantes a picotear, *pic, pic, pic*, y dejaron los granos buenos en las fuentes. Y antes de que hubiera pasado media hora habían terminado y habían salido volando.



A continuación, la muchacha llevó las dos fuentes a la madrastra, toda contenta, creyendo que podría ir a la boda, pero ella dijo:

—No te servirá de nada; tú no vas, pues no tienes vestidos, no sabes bailar, y nos avergonzaríamos de ti.

Después le dio la espalda y se marchó con sus dos orgullosas hijas.

Cuando ya no había nadie en la casa, Cenicienta fue a la tumba de su madre bajo el avellano y dijo:

—¡Arbolito, muévete y sacúdete  
y lanza plata y oro sobre mí!

A esto el pájaro le lanzó un traje de oro y plata y unos zapatos bordados en seda y plata. A toda prisa se vistió y se fue a la boda. Sus hermanas y su madrastra no la conocieron y pensaron que sería una princesa extranjera, de lo hermosa que estaba con su traje dorado. En Cenicienta no pensaron para nada, creyendo que estaría sentada en casa entre la suciedad, buscando las lamparitas en la ceniza. El hijo del rey se aproximó a ella, la cogió de la mano y bailó con ella.

No quiso bailar con nadie más, y cuando alguien venía a sacarla para bailar, decía él:

—Esta es mi pareja.

Bailaron hasta entrada la noche, y entonces ella quiso irse a casa. El hijo del rey dijo:

—Yo voy contigo y te acompaño —pues quería ver de quién era hija la hermosa muchacha.

Pero ella se le escapó y se metió en el palomar. El hijo del rey esperó hasta que llegó el padre y le dijo que la muchacha forastera se había metido en el palomar.

El viejo pensó: «¿Será acaso Cenicienta?», y le tuvieron que traer un hacha y un pico, con los que pudo partir en dos el palomar, pero allí no había nadie. Y cuando llegaron a la casa, Cenicienta yacía con sus sucios vestidos en la ceniza, y una lamparilla de aceite turbio ardía en la chimenea, pues Cenicienta había saltado velozmente por detrás del palomar y había corrido al avellano, se había quitado allí los hermosos trajes y los había colocado en la tumba. El pájaro se los había llevado de nuevo, y Cenicienta se había echado con su delantal gris en la cocina al lado de la ceniza.

Al día siguiente, cuando la fiesta se reanudó, y los padres y las hermanastras se habían ido ya, fue Cenicienta al avellano y dijo:

—¡Arbolito, muévete y sacúdete  
y lanza plata y oro sobre mí!

A esto le lanzó el pájaro un traje todavía más llamativo que el del día anterior. Y cuando ella apareció en la fiesta con el traje, todos se admiraron de su hermosura. El hijo del rey había esperado hasta que ella llegara, la tomó rápidamente por la mano y bailó solamente con ella. Cuando llegaban los otros y la invitaban a bailar, decía:

—Esta es mi pareja.

Cuando se hizo de noche, ella quiso partir y el hijo del rey la siguió para ver en que casa vivía. Ella se escapó corriendo por el

jardín detrás de su casa. Allí había un gran árbol hermoso del que colgaban las mejores peras. Trepó tan ágilmente como un ardilla por las ramas, y el hijo del rey no supo dónde se había metido. Esperó hasta que llegara el padre y le dijo:

—La muchacha forastera se me ha escapado y yo creo que ha saltado por el peral.

El padre pensó: «¿Será acaso Cenicienta?». Hizo que le trajeran el hacha y tumbó el árbol, pero no había nadie subido a él. Y cuando llegaron a la cocina, allí estaba Cenicienta en la ceniza como siempre, pues había saltado por la otra parte del árbol, le había llevado al pájaro del avellano los hermosos vestidos y se había puesto su delantalillo gris.

Al tercer día, cuando los padres se habían ido ya, se dirigió Cenicienta de nuevo a la tumba de su madre y le dijo al arbolillo:

—¡Arbolito, muévete y sacúdete  
y lanza plata y oro sobre mí!



A esto el pájaro le echó un traje que era tan lujoso y brillante como no había tenido otro, y las sandalias eran totalmente de oro. Cuando llegó a la fiesta con el traje, nadie supo qué decir de la admiración que sintieron. El hijo del rey bailó sólo con ella, y cuando alguno la invitaba, decía él:



—Esta es mi pareja.

Al hacerse de noche, ella se quiso ir y el hijo del rey quiso acompañarla, pero se escapó tan rápidamente que no pudo seguirla. El hijo del rey, sin embargo, había usado una treta: había hecho untar la escalera con pez, y sucedió que, al saltar por ella, se quedó pegada la sandalia izquierda de la muchacha. El hijo del rey la cogió: era muy pequeña, delicada y totalmente de oro. Al día siguiente fue con ella a casa del hombre y le dijo:

—Ninguna otra será mi mujer, sino aquella cuyo pie quepa en este zapato dorado.

Las hermanas se llenaron de contento, pues tenían unos hermosos pies. La mayor se llevó el zapato a la habitación y quiso probárselo, y la madre estaba con ella. Pero no consiguió meter el dedo gordo, y el zapato le estaba demasiado pequeño. Entonces la madre le acercó un cuchillo y dijo:

—Córtate el dedo. Cuando seas reina, no necesitarás ir más a pie.

La muchacha se cortó el dedo, metió a la fuerza el pie en el zapato, apretó los dientes dominando el dolor y salió a ver al hijo del rey. Entonces éste cogió a su prometida a caballo y partió

cabalgando con ella. Sin embargo, tuvieron que pasar por la tumba, y allí estaban las dos palomitas en el avellano:

—Curru, curru, curru, curru,  
sangre del zapato mana:  
el zapato es muy pequeño,  
y la novia sigue en casa.

Entonces miró él el pie y vio cómo manaba la sangre. Dio la vuelta al caballo y llevó a la falsa novia a la casa y dijo que no era la verdadera; la otra hermana debería probarse el zapato. Esta se fue, pues, a la habitación y afortunadamente el dedo gordo le cabía, pero el talón era demasiado grande. La madre le alcanzó un cuchillo y dijo:

—Córtate un trozo de talón. Cuando seas reina no necesitarás ir más a pie.

La muchacha se rebanó un trozo de talón, metió el pie a duras penas en el zapato, apretó los dientes dominando el dolor y salió junto al hijo del rey. El montó, entonces, a su prometida a caballo y partió cabalgando con ella. Cuando pasaron por el avellano, allí estaban las palomitas gritando:

—Curru, curru, curru, curru,  
sangre del zapato mana:  
el zapato es muy pequeño,  
y la novia sigue en casa.

Miró el pie y vio cómo salía sangre del zapato y había manchado de rojo las blancas medias. Dio la vuelta al caballo y llevó a la falsa novia otra vez a la casa:

—Esta tampoco es la verdadera. ¿No tenéis otra hija?

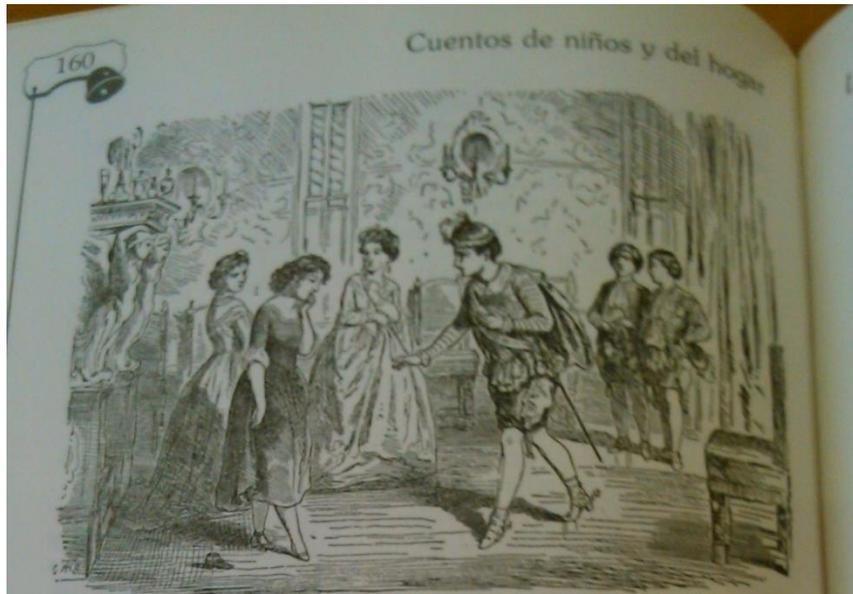
—No —dijo el hombre—, solamente de mi esposa muerta hay una pequeña Cenicienta sucia, pero ella es imposible que sea la que buscáis.

El hijo del rey dijo que mandara a buscarla.

—Huy, en modo alguno —contestó la madre—, está demasiado sucia, no debe mostrarse ante vos.

Pero él insistió y hubo que llamar a Cenicienta. Primero se lavó las manos y la cara, se dirigió allí y se inclinó ante el hijo del rey, que le dio el zapato dorado. Se sentó en un taburete, sacó el pie del tosco zueco y metió la sandalia en él: le estaba que ni hecha a la medida. Y cuando se enderezó y el rey la miró a la cara, reconoció a la hermosa muchacha que había bailado con él y exclamó:

—¡Esta sí que es mi novia!



La madre y las dos hermanas se asustaron y se pusieron pálidas de ira; él montó a Cenicienta en el caballo y partió cabalgando con ella. Cuando llegaron al avellano, gritaron las dos palomitas blancas:



161

La Cenicienta

—Curru, curru, curru, curru,  
ya no hay sangre en el zapato:  
el zapato no es pequeño,  
y la novia va a palacio.

Y una vez gritado esto, se acercaron volando posándose en los hombros de Cenicienta, una a la derecha y otra a la izquierda, y allí se quedaron.

Cuando iba a celebrarse la boda con el hijo del rey, llegaron las dos hermanastras, que querían congraciarse con ella y participar de su felicidad. Al dirigirse los novios a la iglesia, la mayor se colocó a su derecha y la pequeña a la izquierda, pero entonces las palomas le sacaron a cada una un ojo. Luego, cuando salieron de la iglesia, la mayor estaba a su izquierda y la pequeña a su derecha, y entonces las palomas le sacaron a cada una el otro ojo, y así fueron castigadas a quedarse ciegas durante toda su vida, por malas y falsas.

Al lado de un gran bosque vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos; el muchachito se llamaba Hänsel y la muchacha Gretel. Tenían poco para comer, y un buen día, cuando en el bosque reinaba una enorme carestía, no pudo ni conseguir el pan diario. Por la noche pensaba en ello y se removía lleno de preocupaciones. Suspirando le dijo a su mujer:

—¿Qué será de nosotros? No podemos siquiera alimentar a nuestros pobres hijos, ya que no tenemos suficiente ni para nosotros mismos.

—¿Sabes una cosa, marido? —contestó la mujer—. Mañana muy temprano llevaremos a los niños al bosque, allí donde el bosque es más espeso; entonces les encendemos un fuego y le damos a cada uno un trocito de pan, luego nos vamos a trabajar y los dejamos solos. No encontrarán el camino de regreso a casa y así nos libraremos de ellos.

—No, mujer —dijo el marido—, yo no hago eso. ¿Cómo voy a tener corazón de dejar a mis hijos solos en el bosque? Pronto aparecerían los animales salvajes y los destrozarían.

—Oh, qué necio eres —dijo ella—. Entonces tendremos que morir todos de hambre. Ya puedes ir cepillando las tablas para los ataúdes.

Y no le dejó en paz hasta que él consintió.

—Pero los pobres niños me siguen doliendo, desde luego.

Los dos niños no habían podido dormirse tampoco a causa del hambre y habían oído lo que la madrastra le había dicho al padre. Gretel lloró amargamente y le dijo a Hänsel:

—Ahora estamos perdidos.

—Tranquila, Gretel —dijo Hänsel—. No te entristezcas, ya buscaré yo el modo de ayudarnos.

En cuanto los padres se durmieron, se levantó, se puso su chaquetita, abrió la hoja inferior de la puerta y se deslizó hacia fuera.

En ese momento lucía la luna intensamente y los blancos guijarros que había ante la casa brillaban como monedas. Hänsel se agachó y metió tantos como le cupieron en el bolsillito de su chaqueta. Después regresó de nuevo, hablándole así a su hermana:

—No tengas miedo, querida hermanita, y duérmete tranquila. Nuestro Señor no ha de abandonarnos.

Y se metió de nuevo en la cama.

## Hänsel y Gretel

115

Cuando se hizo de día y antes de que el sol saliera, llegó la mujer y despertó a los dos niños:

—¡Levantaos, perezosos! Vamos a ir al bosque a recoger leña.

Luego le dio a cada uno un trozo de pan y dijo:

—Tomad, aquí tenéis la comida, pero no os la comáis antes de mediodía, pues no vais a tener ya nada más.

Gretel se metió el pan bajo el delantal, porque Hänsel tenía las piedras en el bolsillo. Luego se pusieron todos juntos en camino con dirección al bosque. Cuando habían andado un rato, Hänsel se paró una y otra vez mirando hacia la casa. El padre dijo:

—Hänsel, ¿qué estás mirando y por qué te quedas atrás? Presta atención y no te olvides de andar.

—¡Ay, padre! —dijo Hänsel—. Estoy mirando a mi gatito blanco, está sentado en el tejado y me dice adiós.

La mujer habló:

—¡Tonto! Ese no es tu gatito, es el sol de la mañana que se refleja en la chimenea.

Hänsel no había mirado a su gatito, sino que había sacado cada vez un guijarro reluciente de su bolsillo y lo había arrojado al camino.

Cuando llegaron al interior del bosque, dijo el padre:

—Coged leña, niños, que haré un fuego para que no paséis frío.





Hänsel y Gretel cogieron ramas secas e hicieron un pequeño montón con ellas. Prendieron las ramas secas, y cuando el fuego era ya grande, dijo la mujer:

—Bien, niños, poneos aquí al lado del fuego y descansad; nosotros vamos al bosque a partir leña. Cuando hayamos terminado, volveremos y os recogeremos.

Hänsel y Gretel permanecieron sentados al fuego, y cuando llegó el mediodía, cada uno se comió su trocito de pan. Y como oían los golpes del hacha creían que su padre estaba cerca. Pero no era el hacha, sino una rama que él había atado a un árbol seco y el viento la movía de un lado para otro. Y como llevaban ya mucho tiempo sentados, los ojos se les cerraban de cansancio y se durmieron. Cuando, finalmente, se despertaron era ya noche cerrada. Gretel comenzó a llorar y dijo:

—¿Cómo podremos salir del bosque?

Hänsel la consoló:

—Espera un poco hasta que salga la luna, entonces encontraremos el camino.

Y cuando la luna hubo salido del todo, Hänsel cogió a su hermana por la mano y siguió el rastro de los guijarros, que brillaban como monedas recién fundidas y les mostraban el camino. Caminaron durante toda la noche, y cuando empezaba de nuevo a amanecer llegaron a la casa de su padre.

Hänsel y Gretel



Llamaron a la puerta, y cuando la mujer abrió y vio que eran ellos, dijo:

—Niños malvados, ¿cómo es que habéis dormido tanto tiempo en el bosque? Creíamos que no queríais regresar.

El padre, sin embargo, se alegró, pues se le había encogido el corazón cuando los había tenido que dejar totalmente abandonados. No mucho tiempo después volvía a haber necesidad por todas partes, y los niños oyeron cómo la madre, por la noche, le decía al padre en la cama:

—Ya nos hemos comido todo otra vez, solamente tenemos media libra de pan; después de esto será el final. Los niños tienen que irse, les llevaremos mucho más adentro del bosque para que no encuentren el camino de salida; de lo contrario, no habrá salvación para nosotros.

El hombre se apenó mucho y pensó: «Sería mejor repartir el último bocado con tus hijos.» Pero la mujer no atendía a razones, insultándole y haciéndole reproches. El que ha cedido la primera vez, tiene que ceder la segunda, así que tuvo que volver a hacerlo. Sin embargo, los niños estaban todavía despiertos y habían oído la conversación. Cuando los padres se durmieron, se levantó de nuevo Hänsel y quiso coger guijarros como la vez anterior, pero la mujer había cerrado la puerta y no pudo salir. Sin embargo, consoló a su hermana y le dijo:

—No llores, Gretel, y duérmete tranquila. Dios, nuestro Señor, nos ayudará.

A la mañana siguiente vino la mujer y sacó a los niños de la cama. Les dio un mendruguillo de pan más pequeño que la vez anterior. En el camino hacia el bosque, Hänsel lo desmigajó en su bolsillo, se paró y echó una miguita al suelo.

—Hänsel, ¿por qué te paras y miras hacia atrás? —dijo el padre—. Sigue tu camino.

—Estoy mirando mi palomita que está sentada en el tejado y quiere decirme adiós —contestó Hänsel.

—¡Tonto! —dijo la mujer—. No es tu palomita, es el sol más añanero que se refleja en la chimenea.

Hänsel, sin embargo, siguió arrojando una tras otras las migajas al camino.

La mujer llevó a los niños más hacia el interior del bosque, donde ellos no habían estado en toda su vida. A continuación hicieron de nuevo un gran fuego, y la madre dijo:

—Estaos aquí sentados, niños, y cuando os canséis, podéis dormir un poco. Nosotros vamos al bosque a cortar leña; cuando hayamos terminado, vendremos y os recogeremos.

Cuando llegó el mediodía, Gretel repartió su pan con Hänsel, que había esparcido el suyo por el camino. Luego se durmieron y pasó la tarde, pero nadie vino por los pobres niños. No se despertaron hasta entrada la noche, y Hänsel consoló a su hermanita diciéndole:

—Espera, Gretel, hasta que salga la luna, entonces veremos las migajas que yo he esparcido, y ellas nos mostrarán el camino a casa.

Cuando la luna salió se levantaron, pero no encontraron migaja alguna, ya que los muchos pájaros que vuelan por el bosque y los campos se las habían llevado. Hänsel le dijo a Gretel:

—Ya encontraremos el camino.

Estuvieron toda la noche andando y todo el día siguiente, de la mañana a la tarde, pero no lograron salir del bosque y estaban muy hambrientos, pues no tenían nada más que las pocas bayas que había en el suelo. Y como estaban muy cansados y ya no podían tenerse en pie, se tumbaron bajo un árbol y se durmieron.

Hacía ya tres días que habían abandonado la casa de su padre. Comenzaron de nuevo a andar, pero cada vez se adentraban más en la espesura del bosque y, si no recibían pronto ayuda, morirían. Pero al mediodía vieron a un hermoso pajarillo, blanco como la nieve, que estaba posado en una rama, cantando de for-

ma tan hermosa que se detuvieron y le escucharon. Y cuando terminó, batió sus alas y voló ante ellos; los niños le siguieron hasta que llegaron a una pequeña casa, en cuyo tejado se posó el pajarillo, y cuando se acercaron a ella vieron que la casita estaba hecha de pan y cubierta de pastel, y las ventanas eran de azúcar.

—Manos a la obra —dijo Hänsel—. Menudo banquete nos vamos a dar. Yo voy a comerme un trozo de tejado, Gretel; tú puedes comer de la ventana, que está dulce.

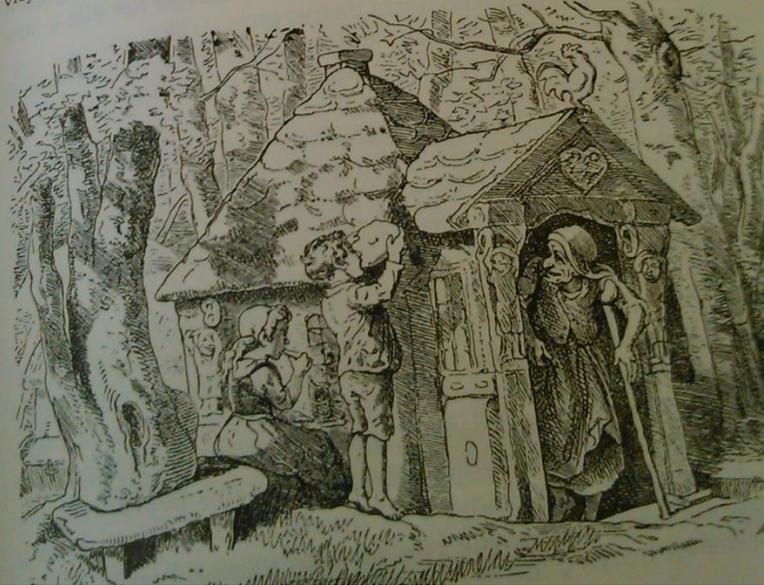
Hänsel alzó la mano y cogió un poco de tejado para probar cómo sabía, y Gretel se colocó al lado de los cristales y los morisqueó. Entonces salió una fina voz de la habitación:

—Crunch, crunch, crunch. ¿Quién roe, roe?  
¿Quién mi casita me come?

Los niños contestaron:

—Es el viento, sólo el viento,  
el niño del cielo.

Y siguieron comiendo sin dejarse distraer. Hänsel, al que le estaba gustando mucho el tejado, arrancó un gran trozo de él, y Gretel cogió un cristal redondo de la ventana, se sentó y se puso a comerlo alegremente. De pronto se abrió la puerta y una mujer viejísima, que se apoyaba en una muleta, salió lentamente.



Hänsel y Gretel se asustaron tanto que dejaron caer lo que tenían en las manos. La mujer meneó la cabeza y dijo:

—¡Oh, queridos niños! ¿Quién os ha traído aquí? Entrad y quedaos conmigo, no os pasará nada malo.

Cogió a ambos por la mano y les llevó a la casita. Les dio buena comida, leche, filloas \* con azúcar, manzanas y nueces. Luego se hicieron dos camitas con ropa blanca, y Hänsel y Gretel se metieron en ellas y pensaron que estaban en el cielo.

Pero la vieja que se había presentado de forma tan condescendiente era una bruja malvada que acechaba a los niños. Había comido truido de pan la casa solamente para atraerlos. Cuando caía uno en sus manos, lo mataba, lo cocinaba y se lo comía, y eso era para ella un día de fiesta. Las brujas tienen los ojos sanguinolentos y no ven bien de lejos, pero poseen un olfato tan fino como los animales y notan cuándo se aproximan seres humanos. Al llegar Hänsel y Gretel cerca de ella, se rió de forma malvada y dijo burlesco:

—A estos los tengo ya, no se me pueden escapar.

Muy temprano por la mañana, antes de que despertaran los niños, se levantó, y cuando vio a los dos dormir tan tranquilamente, con las mejillas rojas rellenas, se dijo para sí:

—¡Esto va a ser un buen banquete!

Entonces cogió a Hänsel con su mano seca, lo llevó a un pequeño establo y lo encerró tras una puerta enrejada. El gritó lo que quiso y pudo, pero no le sirvió de nada. Luego fue ella a donde estaba Gretel, la sacudió hasta despertarla y dijo:

—¡Levanta, holgazana, trae agua y hazle a tu hermano algo rico! Está sentado en el establo, tiene que engordar. En cuanto engorde, me lo comeré.

Gretel empezó a llorar amargamente, pero todo fue en vano, tuvo que hacer lo que exigía la bruja. A continuación le preparó al pobre Hänsel la mejor comida; Gretel, en cambio, no recibió más que caparazones de cangrejos. Cada mañana se deslizaba la vieja hasta el establo y decía:

—Hänsel, saca tu dedo para ver si has engordado.

Pero Hänsel sacaba siempre un huesecillo, y la vieja, que tenía los ojos turbios, no podía ver y pensaba que eran los dedos de Hänsel y se asombraba de que no engordara absolutamente nada. Pasaron cuatro semanas y Hänsel seguía estando flaco. Entonces se vio presa de impaciencia y no quiso esperar más tiempo.

—¡Gretel, ven aquí! —llamó a la muchacha—. Ve de prisa y trae agua, me da lo mismo que Hänsel esté flaco o gordo; mañana lo cortaré en trozos y me lo comeré.

—¡Ay, ay! —se lamentaba la hermanita mientras acarrea el agua; y cómo le rodaban las lágrimas por las mejillas—. ¡Dios mío, ayúdanos, por favor! —exclamaba—. ¡Si nos hubieran comido las alimañas en el bosque, por lo menos hubiéramos muerto juntos!

—Ahórrate tu gimoteo, no te va a servir para nada —decía la bruja.

A la mañana siguiente tuvo que salir Gretel temprano, colocar la marmita con agua y encender el fuego.

—Primero vamos a cocer pan —dijo la vieja—. Ya he encendido el horno y he preparado la masa.

Así que empujó a la pobre Gretel hacia el horno, del que salían las llamas del fuego.

—Entra dentro —dijo la bruja— y mira si está bien encendido para que podamos meter el pan.

Cuando Gretel estuviera dentro, ella cerraría el horno, Gretel se asaría allí dentro y se la comería. Pero Gretel advirtió lo que le rondaba por la cabeza y dijo:

—Yo no sé cómo tengo que hacerlo, no sé cómo puedo entrar ahí.

—¡Estúpida! —dijo la vieja—. La abertura es lo suficientemente grande, ¿no ves que hasta yo misma cabría ahí? —y a gatas metió la cabeza en el horno.



Entonces Gretel le dio un empujón, de tal manera que ella se resbaló más hacia dentro; entonces cerró la puerta de hierro y echó el cerrojo.

—¡Uff! —comenzó ella a dar enormes gritos, de forma espantosa. Gretel se marchó y la horrible bruja ardió de forma miserable. Luego corrió sin pérdida de tiempo a donde estaba Hänsel, le abrió el estabillito y gritó:

—¡Hänsel, estamos salvados! ¡La vieja bruja está muerta!

A continuación, Hänsel saltó como un pájaro sale de la jaula cuando se le abre la puerta. ¡Hay que ver lo que se alegraron ambos! Se abrazaron, saltaron de alegría, besándose muchas veces. Y como ya no había por qué tener miedo, entraron en la casa de la bruja y en todos los rincones había cajones con perlas y piedras preciosas.

—¡Estas son mejor que los guijarros! —dijo Hänsel, y se metió en los bolsillos todo lo que le cabía, y Gretel dijo:

—Voy a llevarme a casa también algo —y se llenó el delantalillo.

—Pero ahora vámonos —dijo Hänsel—. Hay que salir del bosque de la bruja.

Cuando habían andado ya varias horas, llegaron a una gran corriente.

—No podemos cruzarla —dijo Hänsel—, no hay ningún sendero ni tampoco puente.

—Por aquí tampoco pasa barquito alguno —contestó Gretel—, pero por allí viene nadando un pato blanco; si se lo pido, él nos ayudará a cruzar.

Entonces dijo:

—Patito, patito mío,  
aquí están Hänsel y Gretel;  
no hay ni sendero ni puente:  
crúzanos en tu lomito.

El patito se acercó y Hänsel se montó en él y le pidió a su hermana que lo hiciera a su lado.

—No —dijo Gretel—, sería muy pesado para el patito. Primero cruzará a uno y luego a otro.

Así lo hizo el noble animalito, y cuando estuvieron ya felices en la otra orilla y hubieron andado un rato, el bosque les resultó cada vez más conocido y finalmente divisaron de lejos la casa de su padre. En esto comenzaron a correr, entraron precipitadamente en la habitación y se le echaron a su padre al cuello. El hombre

no había tenido ya ningún momento de alegría desde que había dejado a los niños en el bosque. La madrastra, por su parte, se había muerto. Gretel sacudió su delantalillo de manera que las piedras preciosas y las perlas cayeron rodando por la habitación, y Hänsel sacó un puñado tras otro de los bolsillos. Sus preocupaciones se acabaron entonces y vivieron felices en amor y compañía. *Colorín colorado* este cuento se ha acabado, por allí corre un ratón, el que lo coja puede hacerse una gran capa de piel.



## Rapónchigo \*

Había una vez un hombre y una mujer, que deseaban arduamente y en vano un hijo, y finalmente la mujer concibió esperanzas de que Dios cumpliría su deseo. Tenían en la parte trasera de la casa una pequeña ventana desde la que se podía ver un jardín espléndido lleno de flores hermosísimas y plantas; estaba, sin embargo, rodeado de un alto muro y nadie se atrevía a entrar allí porque pertenecía a una hechicera que tenía un gran poder y era temida por todo el mundo.

Un día estaba la mujer asomada a la ventana y mirando hacia el jardín; entonces vio un arriate que estaba lleno de los mejores rapónchigos, y estaban tan frescos y verdes, que tuvo un antojo y le entró un enorme apetito de ellos. El deseo era cada día mayor y, como sabía que no podía obtener ninguno, se demacró y palideció, adquiriendo un aspecto triste. El marido se asustó y preguntó:

—¿Qué es lo que te falta, querida esposa?

—¡Ay! —contestó ella—. Si no puedo comer ningún rapónchigo del jardín de detrás de nuestra casa, moriré.

El hombre, que la quería, pensó: «Antes que dejar morir a tu mujer, le coges rapónchigos, cueste lo que cueste.» Así al atardecer trepó por el muro de la hechicera, cortó a toda velocidad un manojo de rapónchigos y se los llevó a su esposa. Rápidamente se preparó una ensalada con ellos y se los comió llena de ansiedad. Pero le gustaron tanto, tanto, que a la mañana siguiente tenía doble apetito de ellos.

Si quería estar tranquila, tendría el hombre que volver a preparar para ir al jardín. Nuevamente volvió a hacerlo al atardecer, pero cuando descendía por el muro, se asustó enormemente al ver a la bruja que estaba ante él.

—¿Pero cómo osas —dijo ella con una mirada rabiosa— entrar en mi jardín, y como un ladrón llevarte mis rapónchigos? Esto te ha de sentar mal.

—¡Ay! —dijo él—. Deja que predomine la piedad en lugar de la ley; lo he tenido que hacer por necesidad. Mi mujer ha visto los rapónchigos desde la ventana y le entró tal gana de ellos que se hubiera muerto si no los hubiera podido comer.

Entonces se aplacó un poco la ira de la vieja y le dijo:

—Si es como dices, te permitiré que te lleves todos los rapónchigos que quieras. Solamente te pongo una condición: Tendrás

## Rapónchigo

que darne el niño que tenga tu mujer. Le irá bien y lo cuidaré como una madre.

El hombre, por miedo, lo aceptó todo, y cuando la mujer dio a luz, apareció la hechicera, le puso a la niña el nombre de Rapónchigo y se la llevó consigo.

Rapónchigo era la niña más hermosa bajo el sol. Cuando cumplió doce años, la hechicera la encerró en una torre que estaba en el bosque y no tenía puerta ni escaleras, solamente arriba una pequeña ventana. Cuando la bruja quería entrar, gritaba desde abajo:

—¡Rapónchigo, Rapónchigo,  
deja caer tus cabellos!

Rapónchigo tenía unos cabellos muy hermosos, finos como si fueran de oro hilado. Cuando oía la voz de la hechicera, desataba sus trenzas, las enrollaba en un gancho en la ventana y los cabellos le caían cincuenta codos \* y la hechicera trepaba por ellos.

Pasados algunos años, aconteció que el hijo del rey se fue a pasear por el bosque y llegó a la torre. Entonces oyó un canto que era tan agradable, que se detuvo y escuchó. Era Rapónchigo que en su soledad, entretenía el tiempo dejando sonar su dulce voz. El rey quiso subir adonde estaba ella y buscó una puerta en la torre, pero no encontró ninguna. Regresó cabalgando a casa, pero el canto le había conmovido tanto, que cada día iba al bosque y se ponía a escucharlo. Cuando una vez estaba detrás de un árbol, vio que venía una hechicera y oyó cómo gritaba hacia arriba:

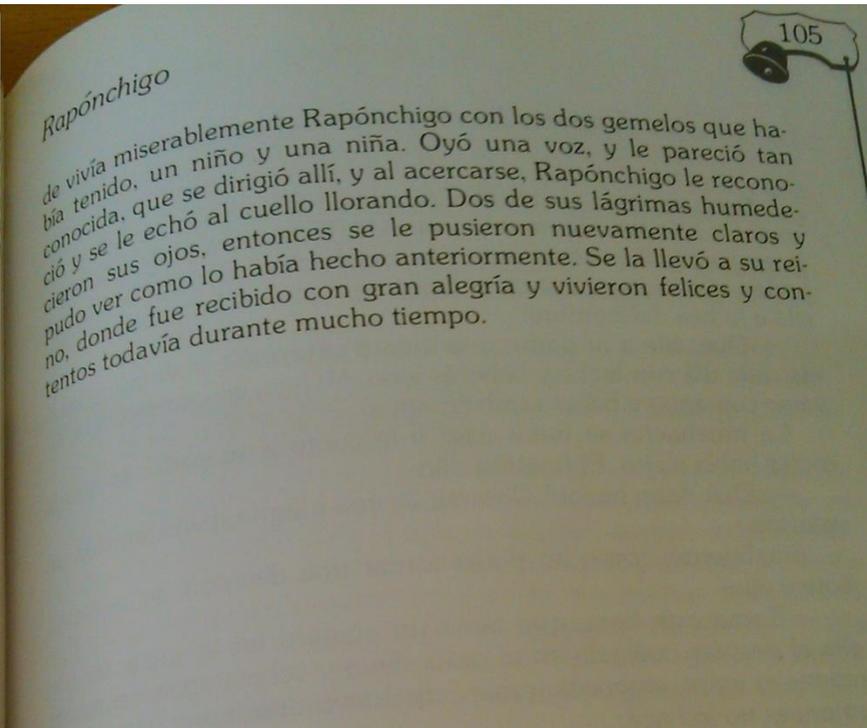
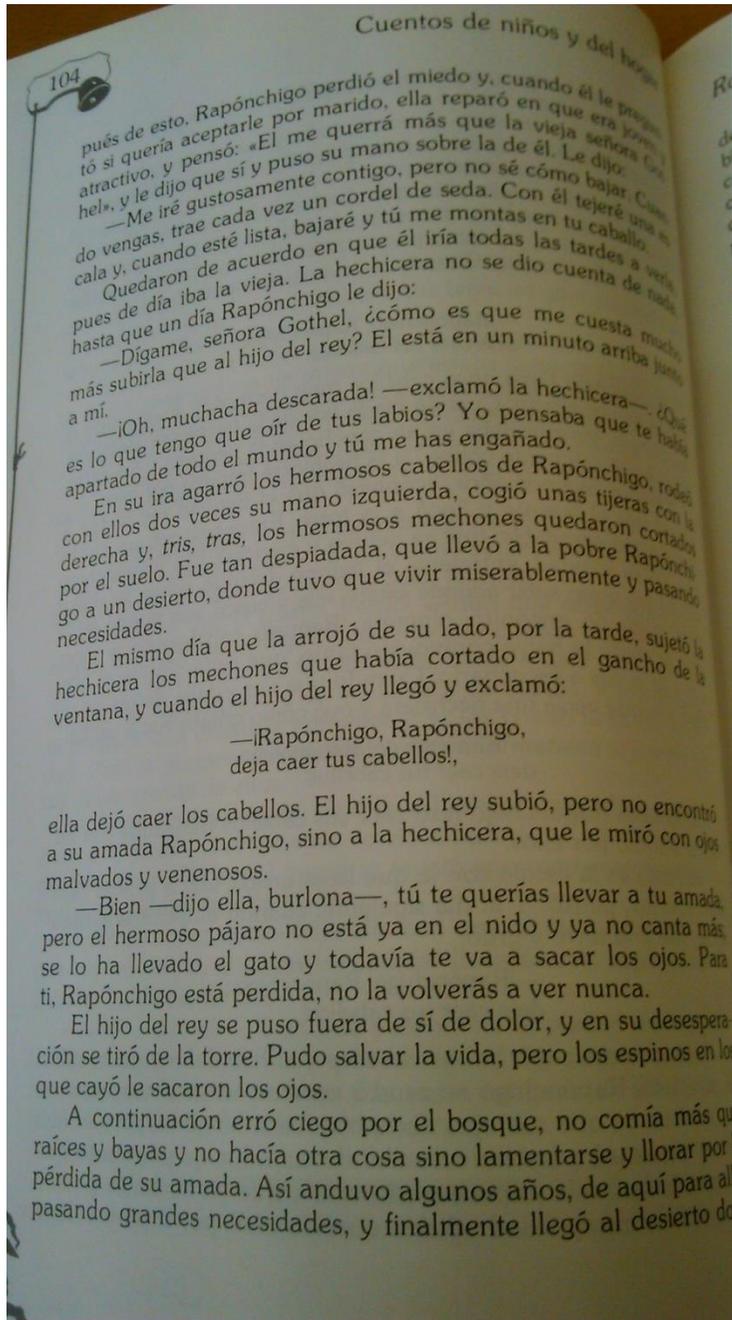
—¡Rapónchigo, Rapónchigo,  
deja caer tus cabellos!

Entonces Rapónchigo hizo caer sus cabellos trenzados y la hechicera subió por ellos.

«Si esta es la escala con la que llega arriba, voy a probar también suerte», pensó. Y al día siguiente, cuando empezaba a oscurecer, fue a la torre y gritó:

—¡Rapónchigo, Rapónchigo,  
deja caer tus cabellos!

Rápidamente cayeron los cabellos y el hijo del rey pudo subir. Al principio, Rapónchigo se asustó enormemente al ver entrar a un hombre, ya que sus ojos no habían visto ninguno, pero el hijo del rey comenzó a hablar con ella afectuosamente y le contó que su canción le había impresionado tanto, que ya no había podido encontrar la tranquilidad y había querido verla por sí mismo. Des-



Blancanieves

Una vez en medio del invierno, cuando los copos de nieve caían como plumas, estaba sentada una reina cosiendo junto a una ventana que tenía un marco de negra caoba. Y mientras estaba cosiendo y miraba la nieve se pinchó con la aguja en el dedo y cayeron tres gotas de sangre en la nieve. Como el rojo estaba tan hermoso en la nieve pensó para sí:

«¡Ojalá tuviera yo una hija tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tan negra como la madera del marco!»

Poco después tuvo una hijita tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y de cabellos tan negros como la caoba, y por eso la llamó Blancanieves. Después de nacer la niña, murió la reina.

Transcurrido un año, el rey volvió a tomar otra esposa. Era una bella mujer, pero tan orgullosa y soberbia, que no podía aguantar que nadie la superara en belleza. Tenía un espejito mágico, y cuando se colocaba ante él y se miraba decía:

—Espejito, espejito,  
dime una cosa:  
¿Quién es de estos contornos  
la más hermosa?

El espejo contestaba así:

—Reina y señora,  
vos sois de estos contornos  
la más hermosa.

Y ella se sentía feliz, pues sabía que el espejo decía la verdad. Blancanieves, sin embargo, creció y cada vez se volvía más hermosa, y cuando tenía siete años lo era tanto como una mañana de mayo, y superaba en hermosura a la reina. Esta un día preguntó al espejo:

—Espejito, espejito,  
dime una cosa:  
¿Quién es de estos contornos  
la más hermosa?

Y él contestó de esta manera:

—La más bella erais, reina,  
vos hasta ahora.  
Pero ya Blancanieves  
es más hermosa.

Cuentos de niños y del hogar

La reina se asustó y se puso amarilla y verde de envidia. Desde ese momento cada vez que veía a Blancanieves se ponía enferma de lo mucho que la odiaba. Y la envidia y la soberbia crecían como mala hierba en su corazón cada vez más, de tal manera que no encontraba descanso ni de día ni de noche. Entonces hizo llamar a un cazador y dijo:

—Llévate la niña al bosque, no quiero verla nunca más ante mis ojos. Mátala, y como prueba tráeme los pulmones y el hígado.

El cazador obedeció y se la llevó de allí, y cuando ya había sacado el cuchillo de monte y quería agujerear con él el inocente corazón de Blancanieves, ésta comenzó a llorar y prometió:

—¡Ay, querido cazador, yo me internaré corriendo en el bosque salvaje y no regresaré nunca más a casa!

Como era tan hermosa, el cazador se compadeció y dijo:

—Está bien, vete, pobre niña.

«Pronto serás pasto de las alimañas», pensó, y sintió como si le hubieran quitado un gran peso de encima, porque no necesitaba matarla. Y cuando pasó por allí saltando un jabato, lo mató y sacó los pulmones y el hígado, y se los llevó a la reina como prueba. El cocinero tuvo que cocerlos con sal, y la malvada mujer se los comió pensando que se había comido los pulmones y el hígado de Blancanieves.

Ahora estaba la pobre niña en medio del bosque totalmente sola y tenía tanto miedo que miraba todas las hojas de los árboles



## Blancanieves

atentamente y no sabía qué hacer. Entonces comenzó a correr y corrió por los puntiagudos peñascos y entre los espinos, y los animales salvajes pasaban a su lado, pero sin hacerle nada. Corrió tanto como se lo permitieron sus pies, hasta que pronto se hizo de noche; en ese momento vio una casita y entró en ella para descansar. En la casita todo era pequeño, pero tan gracioso, y estaba tan limpio que no se puede ni decir. Allí había una mesita con un mantel blanco y siete platitos, cada platito con su cucharita, además de siete cuchillitos, siete tenedorcitos y siete vasitos. En la pared había siete camitas colocadas una detrás de otra y cubiertas con siete sábanas blancas como la nieve. Blancanieves, como estaba muerta de hambre y sed, comió de cada platito un poco de legumbre y pan y bebió de cada vaso una gota de vino, pues no quería comerse todo lo de uno. Luego, como estaba cansada, se echó en una camita, pero ninguna le servía: una era muy grande, la otra muy pequeña, hasta que finalmente la séptima fue la justa y allí se tumbó, se encomendó a Dios y se durmió.

Cuando se hizo totalmente de noche, llegaron los amos de la casita; eran los siete enanos que picaban en las montañas buscando minerales. Encendieron sus siete lamparitas y al iluminarse la casa vieron que alguien había estado allí dentro, pues no estaba todo en el orden en que ellos lo habían dejado. El primero dijo:

—¿Quién se ha sentado en mi sillita?

El segundo:



16

—¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero:

—¿Quién ha cogido de mi pan?

El cuarto:

—¿Quién ha comido de mis legumbres?

El quinto:

—¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?

El sexto:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

El séptimo:

—¿Quién ha bebido de mi vasito?

Entonces se volvió el primero y vio que en su cama había un pequeño hoyo, y exclamó:

—¿Quién se ha subido a mi camita?

Los demás se acercaron corriendo y gritaron:

—¡En la mía ha estado también alguien!

El séptimo, sin embargo, al mirar su cama, descubrió a Blancanieves, que estaba echada en ella y dormía. Entonces llamó a los otros, que cogieron sus siete lamparitas y alumbraron a Blancanieves.

—¡Huy, Dios mío, huy, huy, Dios mío! —exclamaron—. ¡Qué hermosura de niña!

Y tuvieron tal alegría que no despertaron a la niña, sino que la dejaron seguir durmiendo. El séptimo enano durmió con sus camaradas, con cada uno una hora, y así se pasó la noche.

Cuando a la mañana siguiente despertó Blancanieves y vio a los siete enanos, se asustó. Ellos fueron, sin embargo, amables y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —contestó.

—¿Cómo has llegado a nuestra casa? —siguieron preguntando los enanos.

Ella les contó que su madrastra la había querido matar, que el cazador le había perdonado la vida, y que había estado andando todo el día hasta que encontró la casa. Los enanos dijeron:

—Si te quieres ocupar de nuestra casa, cocinar, hacer las camas, lavar, coser y tejer y tenerlo todo en orden y limpio, te puedes quedar con nosotros y no te faltará nada.

—Sí —dijo Blancanieves—, con mucho gusto —y se quedó con ellos.

Ella mantenía la casa en orden. Por la mañana ellos se iban a las montañas y buscaban cobre y oro, por la tarde regresaban

Blancanieves

tenía que estar preparada la comida. Por el día estaba la muchacha sola; los buenos enanos la habían puesto en guardia diciendo: —Ten cuidado con tu madrastra; pronto sabrá que estás aquí. No dejes entrar a nadie.

La reina, después de haberse comido los pulmones y el hígado de Blancanieves, sólo pensaba en que ella era, de nuevo, la primera y la más hermosa. Se puso delante de su espejo y dijo:

—Espejo, espejito,  
dime una cosa:  
¿Quién es de estos contornos  
la más hermosa?



El espejo respondió:

—La más bella de aquí  
sois vos, señora,  
pero aún Blancanieves  
es más hermosa.  
Vive allá abajo,  
cuidando la casita  
de los enanos.

Cuentos de niños y del hogar

Se asustó ante esto, pues sabía que el espejo no decía mentiras, y se dio cuenta de que el cazador la había engañado y que Blancanieves estaba viva todavía. Entonces se puso a reflexionar largamente en cómo podía matarla, pues mientras ella no fuera la más hermosa del país la envidia no la dejaba vivir. Y cuando finalmente hubo decidido algo, se pintó la cara, se vistió como una vieja buhonera y quedó irreconocible. Así se fue por los siete montes a casa de los siete enanos, y llamó a la puerta gritando:

—¡Buena mercancía a la venta!  
Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:



—Buena mujer, ¿qué traéis para vender?

—Buena y hermosa mercancía: cordones de todos los colores —y sacó uno que estaba tejido con una seda polícroma.

«A esta honrada mujer la puedo dejar entrar», pensó Blancanieves, descorrió el cerrojo y se compró los bonitos cordones.

—Niña —dijo la vieja—, qué bien te sientan; te voy a ceñir el corpiño con ellos.

Blancanieves, sin sospechar nada, se colocó ante ella y se dejó

añir el corpiño con los cordones nuevos, pero la vieja se los ató tan rápidamente y tan fuerte, que Blancanieves perdió la respiración y cayó como muerta.

—Ahora ya has dejado de ser la más hermosa —dijo la vieja, se marchó apresuradamente.

Poco después, a la caída de la tarde, regresaron los siete enanos a casa y se asustaron cuando vieron a su querida Blancanieves tumbada en el suelo, inmóvil como si estuviera muerta. La levantaron y, como vieron que estaba atada con tal fuerza, le cortaron en dos los cordones. Entonces comenzó a respirar poco a poco y fue volviendo a la vida progresivamente. Cuando los enanos oyeron lo que había pasado, dijeron:

—Esa vieja no era otra que la impía reina. Ten cuidado y no dejes entrar a nadie si no estamos contigo.

La malvada mujer, sin embargo, cuando llegó a casa, se puso ante el espejo y preguntó:

—Espejito, espejito,  
dime una cosa:  
¿Quién es de estos contornos  
la más hermosa?

El contestó, como las otras veces:

—La más bella de aquí  
sois vos, señora,  
pero aún Blancanieves  
es más hermosa.  
Vive allá abajo,  
cuidando la casita  
de los enanos.

Cuando oyó esto se le subió toda la sangre a la cabeza, y se enfureció, pues vio que Blancanieves había recobrado la vida de nuevo.

—Bien —dijo—, ahora voy a pensar algo que acabe contigo.

Y con las artes de bruja que ella conocía hizo un peine envenenado. Luego se disfrazó y tomó la apariencia de otra anciana. Caminó por los siete montes a casa de los siete enanos, y llamó a la puerta gritando:

—Buena mercancía a la venta, a la venta!

Blancanieves se asomó y le dijo:

—Sigue tu camino, no puedo dejar entrar a nadie.

—Pero mirar te estará permitido —dijo la vieja.

Sacó el peine envenenado y lo mantuvo en alto. A la niña le gustó tanto, que se dejó seducir y abrió la puerta. Cuando se habían puesto de acuerdo en la compra, dijo la vieja:

—Bueno, ahora te voy a peinar como es debido. La pobre Blancanieves no pensó en nada malo y dejó hacer a la vieja, pero apenas le había metido el peine en el pelo, cuando el veneno hizo su efecto, y la muchacha cayó sin sentido al suelo.

—Tú, dechado de belleza —dijo la malvada mujer—, ahora ya te has muerto —y se marchó.

Por suerte pronto se hizo de noche y los siete enanitos regresaron a casa. Cuando vieron a Blancanieves tumbada en el suelo como muerta, sospecharon rápidamente de la madrastra y buscaron hasta encontrar el peine envenenado, y apenas lo sacaron, volvió Blancanieves en sí y contó lo que había pasado. De nuevo le dijeron que estuviera alerta, que tuviera cuidado y que no abriera la puerta a nadie.

La reina se colocó en casa ante el espejo y dijo:

—Espejito, espejito,  
dime una cosa:  
¿Quién es de estos contornos  
la más hermosa?

El contestó como lo había hecho antes:

—La más bella de aquí  
sois vos, señora,  
pero aún Blancanieves  
es más hermosa.  
Vive allá abajo,  
cuidando la casita  
de los enanos.

Cuando oyó hablar así al espejo, se puso a temblar de ira:

—Blancanieves tiene que morir —gritó—, aunque me cueste la vida!

Después de esto se fue a una cámara escondida y solitaria, donde no podía entrar nadie, y preparó una manzana envenenada. Externamente tenía un aspecto muy hermoso, con una parte blanca y otra roja, de tal manera que a todo el que la viera le apetecería, pero tan pronto como comiera un trocito moriría. Cuando estuvo lista la manzana, se pintó la cara y se disfrazó de campesina y fue por los siete montes a casa de los siete enanos. Llamó, y Blancanieves, que asomó la cabeza por la ventana, dijo:

